

ANNIE KRIEGEL



**LAS
INTERNACIONALES OBRERAS
(1864-1943)**

EDICIONES ORBIS, S.A.

www.omegalfa.es

Biblioteca Libre

Título original: *Les Internationales Ouvrières*
(1864-1943) Traducción: Antonio G. Valiente

Director de la colección: Virgilio Ortega

© Presses Universitaires de France, París

© 1968, Ediciones Martínez Roca, S.A.

© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A.,
1986

ISBN: 84-7634-607-7

D.L.: B. 14.936-1986

Abreviaturas

Asociación Internacional de Trabajadores	AIT
Buró Socialista Internacional	BSI
Confederación General del Trabajo Unificado	CGTU
Comisión Socialista Internacional	CSI
Comité Central	C.C.
Comité Ejecutivo	CE
Internacional Comunista	IC
Internacional Juvenil Comunista	IJC
Internacional Sindical Roja	ISR
Partido Comunista Ruso (bolchevique)	PCR (b)
Partido Obrero Belga	POB
Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia	POS DR
Partido Socialista Británico	BSP
Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania	PSDOL
Socialdemocracia	SD
Social-revolucionario	SR
Sociedad de Naciones	SN

ÍNDICE

Abreviaturas

Introducción

Primera parte

La Asociación Internacional de Trabajadores (1864-1876)

1 - Los grandes comienzos

1. Los antecedentes
2. Movimientos obreros franceses e ingleses alrededor de 1860
3. Constitución de la AIT
4. El llamamiento inaugural
5. Comienzos difíciles
6. Liquidación de un pasado
7. El impulso (1868-1870)
8. Los Congresos de Bruselas y de Basilea
9. Bakunin
10. La querrela suiza
11. La Internacional, la guerra y la Comuna
12. El fin de la Internacional
13. La Internacional antiautoritaria

Segunda parte

La época de la II Internacional.

1 - Una nueva tentativa de unidad proletaria internacional

- I. La expansión del movimiento obrero
 1. La expansión geográfica
 2. La expansión del sindicalismo
 3. La expansión del socialismo organizado
 4. La expansión de la influencia socialista
- II. La creación de la II Internacional
 1. Las tentativas de reconstituir la AIT
 2. El Congreso de París (1889)
 3. La resurrección de la Internacional
 4. Tradiciones e innovaciones
 5. La lucha contra los anarquistas

6. La Internacional y los sindicatos

2 - La Internacional dividida

I. La alternativa: reforma o revolución

1. Se establecen las instituciones de la Internacional
2. La crisis revisionista
3. El Congreso de París (23-27 de septiembre de 1900)
4. El Congreso de Ámsterdam (14-20 .de agosto de 1904)
5. La revolución rusa de 1905

II. La lucha de las tendencias

1. Partidos y sindicatos
2. La Internacional y la cuestión colonial
3. La lucha por la paz

3 - El mundo socialista

1. Los dirigentes
2. La composición de los partidos
3. Las contradicciones del socialismo de la época
4. La práctica reformista
5. La pluralidad de tendencias: el ala revolucionaria
6. Leninismo y luxemburguismo
7. Las escisiones

Tercera parte

Bajo el signo de la guerra y de la revolución rusa (1914-1943)

1 - La estrategia de la revolución proletaria mundial (1914-1920)

I. Patria o revolución (1914-1917)

1. El cambio de la política obrera y socialista en julio de 1914
2. Zimmerwald-Kienthal (1915-1916)

II. La Internacional ante la alternativa de paz o de revolución proletaria (1917-1918)

1. El proyecto de conferencia socialista internacional en Estocolmo
2. La revolución de octubre
3. La paz de Brest-Litovsk (marzo de 1918)

III. Revolución proletaria mundial a corto plazo (1918-20)

1. La Internacional Sindical de Ámsterdam
2. La reconstitución de la II Internacional Obrera
3. La II Internacional 1/2
4. La fundación de la III Internacional
5. Las incertidumbres de la coyuntura del año 1920
6. El II Congreso de la IC y las 21 condiciones de adhesión

2 - En espera de una nueva coyuntura revolucionaria (1921-1933)

I. Frente único (1921-1923)

1. El III Congreso de la IC
2. La Conferencia de Berlín (2-5 abril de 1922)
3. El IV Congreso de la IC
4. El Congreso de fundación de la Internacional Socialista

II. Bolchevización (1923-1924)

III. Anticolonialismo (1925-1927)

1. El Congreso de los pueblos del Oriente
2. La catástrofe china
3. La ruptura de Trotski con la IC

IV. Clase contra clase (1928-1933)

1. Por la defensa de la Unión Soviética
2. Clase contra clase
3. Hacia la IV Internacional

3 - Nueva ofensiva (1934-1943)

I. Frentes populares (1934-1938)

1. La descomposición de la IC
2. La Internacional Socialista y el fascismo
3. El VII Congreso de la IC y la experiencia francesa
4. El incremento del movimiento revolucionario en Oriente

II. La guerra

1. El pacto germano-soviético
2. La disolución de la IC (15 de mayo de 1943)

4 - El mundo comunista

I. Algunos datos numéricos

1. ¿Cuántas secciones afiliadas?
2. ¿Cuántos miembros comunistas?
3. Los efectivos totales de la IC
4. Los efectivos por país

II. Estructuras

1. Una estructura centralizada
2. Las secciones nacionales y la IC
3. La organización de base: la célula de empresa
4. Las jerarquías paralelas
5. Los hombres

Conclusión

Bibliografía

Introducción

¿Cuál es el campo de una historia de las Internacionales Obreras? Hay que comenzar por definirlo, porque dicha historia no se reduce a un fenómeno único que se desarrolla linealmente en un solo plano.

De un lado, hay un pensamiento cuya fuerza reposa en una negación de fronteras; de otro, una historia en la que las fronteras comprometen cada vez más dramáticamente el destino de los pueblos y de los individuos. Por otra parte, ¿han sabido las Internacionales, enmarcadas en unas circunstancias no siempre favorables, seguir siendo centros organizadores de la evolución mundial? ¿Cuál fue la pujanza real de ese designio, su parte de utopía y su parte de eficiencia?

Si en el pensamiento de Marx no está ausente la contradicción entre una visión de la historia en la que la sociedad humana tiene por destino el evolucionar hacia lo universal y el reconocimiento de coacciones impuestas por la estrechez de los ámbitos nacionales, no es menos cierto que, finalmente, Marx hace entrar en juego el ecumenismo contra la división regional, dentro del marco de una concepción bipolar de la sociedad.

Por lo tanto, desde el momento en que la historia es comprendida como una lucha de dos clases a escala mundial, el partido de la clase revolucionaria debe serlo, por necesidad, desde el principio. La Internacional no es, pues, el resultado de una federación o confederación de partidos nacionales que se unen en una alianza táctica, provisional y circunstancial, sino una realidad global e inmediata que responde a la natura-

leza de una lucha encaminada a una revolución mundial. De hecho, pues, la Internacional es el supuesto primero del que se desprende, por razones secundarias de práctica política, el establecimiento de secciones nacionales. Tal fue la filosofía de la Internacional. Ahora bien, este partido proletario mundial fue aniquilado por la desigual aceleración de las sociedades europeas y, por ello, fue establecida la II Internacional, federación de partidos nacionales, como recurso arbitral para desgajar las fórmulas de conciliación entre las realidades nacionales y la empresa común de revolución mundial. Experiencia de nuevo desafortunada: en vez de la revolución mundial, sobrevino la guerra mundial.

Volviendo, pues, a las fuentes doctrinales del internacionalismo proletario, la III Internacional se situaba, por encima de todo, en la perspectiva de una revolución mundial a corto plazo: la ironía de la historia quiso que, por el sesgo de la revolución rusa, no tardara en identificarse con un régimen marcado por la especificidad rusa.

Definido así nuestro objeto, queda por precisar el método. La historia de las Internacionales ha sido concebida hasta aquí ya sea como la historia de una institución a través de sus hechos, sus congresos y los de sus secciones nacionales; ya fuere como la historia de un sueño político: el de instaurar un régimen más justo; ya también como la de una empresa que llevase a sus miembros organizados en secciones nacionales hacia un mismo objetivo, sobre la base de una estrategia concertada a escala mundial; con la perspectiva de establecer una sociedad de la misma estructura produciendo, no obstante, diversas peripecias, como una vasta sociedad internacional fundada en una comunidad de ideas.

Ninguna de estas concepciones tiene que ser eliminada,

pues todas deben converger, de manera que esta historia sea tratada:

1°. No como una historia cerrada, sino como un elemento de la *historia contemporánea*.

2°. Como un elemento de la *historia social contemporánea*: las Internacionales encuadraron a las masas obreras en la etapa de la formación y del desarrollo de la sociedad industrial en la Europa occidental; encuadraron a las masas populares en la etapa de la formación de las naciones subdesarrolladas de Europa primero, y de los otros continentes después.

3°. Como un elemento de la *historia de las aspiraciones* (en el orden espiritual, en el orden de las mentalidades) al advenimiento de una sociedad más humana: se inscribe aquí el brote de los temas modernos de la revolución, del proletariado y de su misión, del hombre comunista, etc.

4°. Como un elemento de la *promoción de los pueblos coloniales*; las Internacionales han contribuido a quitar a Europa el monopolio de la acción histórica y a dar un papel a los continentes antaño pasivos. Sería, sin embargo, un error enmascarar su europeocentrismo persistente, incluido el de la III Internacional, y sobrevalorar el interés que han manifestado por los países no europeos.

Quiero expresar mi gratitud al señor J. Rougerie por haber participado en la elaboración de la primera parte, relativa a la I Internacional, y al señor Georges Hapt en la segunda parte, relativa a la II Internacional. Permítaseme extenderla asimismo a cuantos me han señalado los errores y omisiones que se deslizaron en la primera edición: la historia del socialismo internacional es difícil de abarcar en toda su complejidad.

Primera parte

La Asociación Internacional de Trabajadores (1864-1876)

1 - Los grandes comienzos

1. Los antecedentes

Según parece, la toma de conciencia de la existencia de una solidaridad internacional entre los trabajadores de distintos países aparece casi al mismo tiempo que los movimientos obreros organizados. Comprobamos la primera huella de ellos, después de 1830, en un manifiesto de los obreros lioneses a sus hermanos de Inglaterra, publicado en *L'Echo de la Fabrique* del 27 de mayo de 1832.

Pero en los medios de emigrados políticos fue donde la idea de una organización internacional tomó cuerpo. La primera formación notable fue, sin duda, la *Jeune Europe* de Mazzini en 1834. En marzo de 1846, los cartistas y los proscritos fundan en Londres la asociación de los *Fraternal Democrats*, que estableció contactos con la *Association Démocratique* creada en Bruselas por los radicales belgas, franceses y alemanes, cuyo vicepresidente es Marx. En Inglaterra, donde en 1853 hay unos 4 380 proscritos (de los cuales 2 500 polacos, un millar de franceses, 260 alemanes), un Comité Central Democrático Europeo, formado en 1850 por Ledru-Rollin, Mazzini, A. Ruge y el polaco Darasz, nace práctica-

mente muerto. Pero en agosto de 1856, la reunión de los proscritos de la Comuna Revolucionaria (fundada en 1852 por F. Pyat, Caussidière y Boichot), los cartistas de un *International Committee*, socialistas polacos y comunistas alemanes dan nacimiento a una *International Association*. Aunque de escasa audiencia, salvo en los Estados Unidos, prefigura, antes de desaparecer en 1859, la Asociación Internacional de Trabajadores de 1864. La filiación, por otra parte, es directa, puesto que varios de sus dirigentes van a formar parte del primer Consejo General de la AIT.

2. Movimientos obreros franceses e ingleses alrededor de 1860

Mientras que las primeras agrupaciones internacionales sólo reunieron minorías revolucionarias, turbulentas, pero poco representativas, la AIT, «criatura venida al mundo en Francia y amamantada en Londres» (A. Bibal), nace por el contrario del entendimiento de las dos clases obreras más importantes y avanzadas de Europa, cuyas organizaciones, después de 1848 y sobre todo a partir de 1860, han tomado un nuevo derrotero.

La clase obrera inglesa se organiza poderosamente en el terreno sindical: las principales corporaciones tienen sus *trade-unions*, que al principio se alían momentáneamente, después se federan de una forma local, algunas veces nacionalmente en el marco de las grandes sociedades «amalgamadas» como las de los mecánicos (1851), de los carpinteros (1860), de los mineros, o de los fundidores de hierro. En 1860 se forma el *London Trades Council*, nacido de las solidaridades anudadas en ocasión de la huelga de la construcción de Londres, en 1859; la dirige una junta, W. Alian (mecánicos), D.

Guile (fundidores en hierro). G. Odger (zapateros), E. Coulson (albañiles), R. Applegarth (carpinteros). Exigiendo fuertes cotizaciones, este sindicalismo recluta sobre todo obreros cualificados y deja de lado a los *unskilled*. Toma aspectos netamente reformistas en el plano económico; en política sólo se preocupa de la ampliación del derecho de sufragio, de que se reconozcan y extiendan los derechos sindicales. No obstante, presta de buen grado su apoyo a los movimientos revolucionarios europeos: en 1864 los obreros ingleses acogen calurosamente a Garibaldi.

El movimiento francés no es ni mucho menos tan vigoroso después de la represión de los años cincuenta. Pero a partir de 1860, el Imperio, que por otra parte se halla en situación difícil, esboza una aproximación con la clase obrera; en 1861 tolera una resonante huelga de los tipógrafos parisienses. Por su lado, el movimiento obrero ha evolucionado mucho desde 1848: una nueva generación de dirigentes, impregnada de socialismo prudhoniano, procura mantener la lucha obrera al margen de las preocupaciones políticas; matizan sus distancias respecto de la oposición de izquierda (la de los diputados liberales e incluso republicanos, todos burgueses), y preconizan la asociación obrera, la organización de cooperativas, el crédito mutual. Así, el Imperio autorizó —y en cierta medida financió— el envío a la Exposición Industrial Universal de Londres (1862) de una delegación obrera que volvió maravillada de la eficacia de las *trade-unions* y reclamó el otorgamiento de los derechos de asociación y de coalición. La ley de 24 de mayo de 1864 autoriza la huelga.

3. Constitución de la AIT

Desde el viaje de 1862, se establecen contactos entre los

obreros franceses y los ingleses. Éstos se hacen más estrechos el año siguiente, cuando los sindicalistas de Londres invitan a los representantes del proletariado parisiense a una manifestación común en favor de la independencia de Polonia: el 22 de julio de 1863, un mitin reúne, con los principales dirigentes de los sindicatos de Londres, seis parisienses, los broncistas Tolain y Perrachon, los mecánicos Aubert y Murat, el albañil Cohadon, el camisero Bibal. Al día siguiente, los sindicalistas ingleses acogen a los franceses en una reunión más íntima, en la que se establecen las bases de un entendimiento.

La AIT queda definitivamente constituida en el curso de un nuevo viaje que Tolain y Perrachon, acompañados por el pasamanero Limousin, hacen a Londres en 1864. El mitin de Saint-Martin's Hall (29 de septiembre) aprueba un proyecto francés de creación de secciones europeas bajo la dirección de un Comité Central. Aunque de raíz obrera y franco-inglesa, la nueva organización no rompe con la tradición: emigrados polacos, alemanes (entre ellos Marx), italianos de tendencia mazziniana y franceses (procedentes de la Comuna revolucionaria, constituirán en Londres una French Branch) participan en su fundación. El comité provisional cuenta 21 ingleses, 10 alemanes, 9 franceses, 6 italianos, 2 polacos, 2 suizos.

Este comité se ocupa después de redactar los estatutos provisionales, en cuya elaboración Marx toma una parte decisiva. En ellos se especifica que un Consejo General «establecerá las relaciones entre las diferentes asociaciones de obreros de tal forma que los obreros de cada país estén constantemente al corriente de los movimientos de su clase en los otros países...». La AIT celebrará congresos anuales.

4. El llamamiento inaugural

En el seno de este Consejo General, Marx va a desempeñar un papel juzgado por algunos como desmesurado. «Como el cuco —dice su adversario J. Guillaume—, ha venido a poner su huevo en nido ajeno.» Marx, proscrito, no representa, en efecto, a ninguna organización obrera, ni siquiera a la alemana. Sin embargo va a presidir, en amplia medida, los destinos de la nueva asociación, con una extrema prudencia empero, y sin traza alguna de ese sectarismo del que se le acusa tan gratuitamente.

Desde 1864, en un texto fundamental, el *Manifiesto o Llamamiento inaugural de la Internacional*, hacía el balance de la condición obrera después del fracaso de las revoluciones de 1848:

Es un hecho importantísimo que la miseria de la masa de trabajadores no ha disminuido en absoluto de 1848 a 1864, en el período que se distingue, entre todos, por un desarrollo sin precedentes de la industria, por un crecimiento inusitado del comercio.

Y sin embargo las luchas obreras no han sido baldías. Asimismo, las experiencias cooperativas intentadas después de Owen han demostrado que los proletarios eran capaces de prescindir de los capitalistas.

Poco tiempo después, tratando de la aparente contradicción entre la afirmación de la ley tendencial del pauperismo y de la posibilidad para los obreros de obtener por su lucha una mejoría de su condición, preocupado además de responder a los teóricos y sindicalistas ingleses que sostenían que una subida de salarios se traducía inmediatamente en un aumento de los precios, Marx, en la controversia que le oponía, en 1865, a J. Weston, sostiene, ante el Consejo General, la argumentación que desarrollará en *El Capital* (1867):

1º Una elevación general de la tasa de salarios produciría una baja general de los beneficios, pero no afectaría a los precios de las mercancías; 2º La tendencia general de la producción capitalista no es la de elevar el salario normal medio sino la de bajarlo; 3º Los sindicatos actúan eficazmente como centros de resistencia a los desafueros del capital.

Marx subrayaba sin embargo que los sindicatos «fallan totalmente en su objetivo cuando se limitan a una guerra de escaramuzas contra los efectos del régimen existente, en vez de trabajar, al mismo tiempo, en su transformación».

5. Comienzos difíciles

Hasta 1867, la AIT merece (pero sólo entonces) la definición que se ha dado de ella: «Un alma grande en un cuerpo pequeño».

Tras haber representado un papel primordial en su creación, los sindicatos ingleses se mantienen paradójicamente en una prudente reserva. Es cierto que forman el grupo nacional más importante: 17 sociedades obreras en 1866, representando a 25000 adherentes, aproximadamente. Pero esto sólo constituye un pequeño sector de la masa de los sindicatos ingleses: el *London Trades Council* rehusó afiliarse (1866). Los obreros ingleses parecían haber visto ante todo en el establecimiento de una cooperación obrera internacional un medio de mellar el arma utilizada repetidas veces por los patronos: la importación de obreros del continente, nefasta al nivel de sus salarios. De hecho, la AIT y el unionismo inglés van a seguir derroteros cada vez más divergentes: la Internacional será fundamentalmente continental.

Ahora bien, en el continente sus progresos fueron muy lentos y su implantación no fue, de inmediato, nada sólida.

En enero de 1865 se constituye en Francia una sección parisiense —con sede en el nº 44 de la calle Gravilliers—, pero cuenta con pocos afiliados: 200 en 1865 y 600 en 1866. En las múltiples secciones provinciales, formadas de 1865 a 1867, el número de afiliados es, durante mucho tiempo, ínfimo. Algunas se ampliarán, como las de Lyon (fundada en 1865 y con 500 miembros en 1867), Marsella (julio de 1867) y Rouen (1866). Pero la mayoría (Castelnaudary, Caen, Condé-sur-Noireau, Auch, Orleans, Rennes, Mantés...) sólo tienen existencia nominal. Las adhesiones son, por otra parte, exclusivamente individuales, y no existe ninguna sociedad obrera afiliada, excepto, en todo caso, la pequeña sociedad de encuadernadores animada por E. Varlin.

En Suiza, los progresos parecen haber sido más rápidos. En la primavera de 1865, el doctor Coullery funda la sección de La Chaux-de-Fonds, que dispone de un periódico: *La Voix de l'Avenir*; en 1866, J. Guillaume, la del Lóele, con su órgano *Le Progrés*. En 1867 aparecen las de Ginebra, Lausana, Zurich, Basilea, Berna.

Bélgica, el país europeo más industrializado, después de Inglaterra, se ha visto, todavía, poco afectado, a pesar de la existencia de una importante sección en Bruselas y de la activa propaganda desarrollada por algunos dirigentes obreros, como César de Paepe.

Pero la AIT no encuentra eco en España ni en Italia, y muy poco en Alemania, a pesar de la existencia de secciones en Maguncia, Colonia, Magdeburgo, Berlín, Leipzig, Dresde...; el grupo obrero más importante, la Asociación General Obrera, es de inspiración lasaliana, y, ante la irritación de Marx, parece buscar la solución del problema social de acuerdo con el poder bismarckiano. Aparte de Europa, se

puede considerar también como insignificante la existencia de dos secciones de emigrados en los Estados Unidos, o los contactos episódicos establecidos entre algunas sociedades obreras americanas y el Consejo General.

6. Liquidación de un pasado

En el terreno ideológico, la situación dista mucho de ser madura.

Un Congreso, previsto para 1865 en Bruselas, no pudo celebrarse y fue sustituido por una Conferencia celebrada en Londres (25-29 de septiembre), en la que se limitaron a estrechar los contactos establecidos en 1864. En el Congreso de Ginebra (3-8 de septiembre de 1866), el tono de los debates corrió a cargo de la delegación francesa, enteramente prudhoniana. Dirigida por Tolain, defendió la idea de la emancipación obrera, propugnando la generalización del mutualismo: era necesario basar «el intercambio en la reciprocidad, mediante un sistema de crédito mutuo y gratuito, nacional y después internacional; no se trata de destruir la sociedad existente, sino de prepararla». Nada de revolución ni de huelgas.

En el Congreso de Lausana (2-8 de septiembre de 1867) la preeminencia francesa sigue siendo neta, aunque ya empañada. Marx lo muestra con cierto gracejo: «Los señores parisienses tienen la cabeza llena de las vacías frases de Proudhon: hablan de ciencia y no saben nada.»

En realidad, el triunfo de las ideas prudhonianas no es más que aparente. Incluso, y sobre todo en Francia, no responden ya a la evolución del movimiento obrero. Las empresas, cooperativas especialmente, que se tildan de «obreras» han fracasado todas. Las huelgas se multiplican desde 1864: entre las más sonadas figuran las dos de los broncistas de París —

la corporación a la que pertenece Tolain—, la de 1865 por la jornada de diez horas, y la de 1867, dirigida contra los patronos que pretenden prohibir a sus obreros la adhesión a la Sociedad de Solidaridad, sindicato (sin este nombre) de obreros del bronce. Pero el buró de la sección parisiense se ve mezclado, a pesar suyo, con los asuntos políticos: el poder imperial incoa, el 30 de diciembre de 1867, un proceso por asociación ilícita y persigue, por toda Francia, a los miembros de la AIT.

7. El impulso (1868-1870)

«Tras una época de desarrollo apacible, la AIT ha tomado una amplitud suficiente como para provocar las denuncias insidiosas de la burguesía europea y las demostraciones hostiles de los gobiernos.» (Informe del Consejo General al Congreso de Bruselas).

En los países en que estaba ya implantada, la organización toma en efecto una amplitud sin precedente.

La grave crisis económica de 1867 ha suscitado un poderoso movimiento de huelgas. En marzo-abril de 1868, 3.000 obreros de la construcción de Ginebra luchan por la jornada de diez horas y una tarifa mínima. En Bélgica las reducciones de salarios y los despidos provocados por la crisis carbonífera desencadenan un vasto movimiento reivindicativo en 1868 en la cuenca de Charleroi, y, en 1869, en el Borinage. En Francia, desde fines de 1868 y durante todo el año de 1869, las huelgas se multiplican en las regiones textiles y mineras y en la mayor parte de las ciudades industriales. Algunas de estas huelgas fueron sangrientas, sobre todo en las minas: en Bélgica las de L'Epine (1868), de Seraing (abril de 1869); en Francia las de La Ricamarie (13 muertos en junio de 1869),

las de Aubin (14 muertos en octubre).

Los gobiernos atribuyen toda la responsabilidad de estas huelgas a la Internacional. Pero si la Internacional no arrojó los obreros a la huelga, «la huelga los arrojó a la Internacional».

En efecto, en la mayor parte de los casos, la huelga fue el punto de partida de un nuevo movimiento de asociación sindical, aunque en forma de socorros mutuos, de solidaridad, de resistencia.

Duramente conmocionada por las huelgas, Bélgica es también el país en donde la Internacional se desarrolla más rápidamente; en Bruselas, Lieja, Amberes (en enero de 1869, huelga de los obreros de las manufacturas de velas para barcos), Brujas (sección formada en agosto de 1868), Namur (mayo de 1869), Gante... La cuenca de Charleroi cuenta 42 secciones a principios de 1869, 50 en 1870, Borinage unos 30 000 internacionalistas en 1869. Las secciones se reagrupan en federaciones: del Borinage, de los valles de la Vesdre (alrededor de Verviers, con su órgano *Le Mirabeau*), secciones del Centro (alrededor de La Louvière), de la región bruselense; en la cuenca de Charleroi hay cuatro federaciones. Un Consejo General belga asume la dirección de todo. En 1868 y 1869 se celebran cuatro congresos nacionales.

A despecho de la represión del poder imperial, que será cada vez más violenta, no por ello los progresos son menos rápidos en Francia, en donde el movimiento obrero y la Internacional, que se convierte en su guía, evolucionan hacia formas que podríamos calificar ya de sindicalistas revolucionarias. La evolución comienza en 1867 cuando las delegaciones obreras, elegidas para asistir a la Exposición de París, constituyen una comisión, especie de parlamento obrero, que rei-

vindica, por encima de todo, el derecho de constituir cámaras sindicales. Y si bien el Imperio se niega a otorgarlo, termina por prometer, en agosto de 1868, una tolerancia bastante amplia. Pero más aun que esta liberación a medias, es la gran ola de huelgas de 1868-1869 la que hace multiplicar las cámaras corporativas. La Internacional las encuadra: en París, una Cámara Federal, formada entre marzo y diciembre de 1869, reúne a las principales sociedades obreras de la capital; todos sus dirigentes (entre ellos E. Varlin) son internacionalistas. Paralelamente, a principios de 1870, se constituye una red de secciones de barrios, reunidas a su vez en una Federación de Secciones Parisienses (3 de marzo de 1870): la Cámara Federal y la Federación de Secciones conducen la lucha estrechamente asociadas. Asimismo, la sección de Rouen, dirigida por E. Aubry, ha reagrupado las sociedades obreras de la ciudad y los alrededores en una Federación Obrera de Rouen. Federaciones similares se constituyen en Marsella bajo el impulso de A. Bastelica, en Lyon bajo la de A. Richard. La Internacional francesa es, de ahora en adelante, una fuerza (cuenta varias decenas de miles de adherentes; algunos le atribuyen uno o dos centenares de miles). Y los internacionalistas franceses ya no desdeñan mezclarse en política. Combaten al Imperio al lado de los burgueses republicanos radicales, pero sin confundirse con ellos. A partir de 1869 la Asociación extiende su influjo a países en los que hasta entonces no había puesto los pies. En España se forman secciones y después federaciones en Barcelona, Madrid y las Baleares. En Italia, Nápoles tiene una sección central y una sección de obreros mecánicos, Florencia una sección formada de la unión de varias sociedades obreras. En Alemania, cierto número de sociedades que han roto con el socialismo lasaliano forman en el Congreso de Eisenach (agosto de 1869) un

partido socialdemócrata, bajo la dirección de Liebknecht y Bebel; su programa es muy afín con las ideas desarrolladas por Marx. Y si bien este partido no puede, en virtud de las leyes alemanas, adherirse a la AIT, se declara en cambio «solidario de sus aspiraciones»: Liebknecht lo representa en el Congreso de Basilea. Al mismo tiempo, la organización lasaliana inicia una aproximación con la Internacional. Ésta tiene también secciones en Austria, Holanda, y Dinamarca. La National Labor Union, en los Estados Unidos, manifiesta el deseo de estrechar sus lazos con el proletariado europeo y envía un observador a Basilea. Incluso parece que las Trade-Unions inciden en tomar una parte más activa en la vida de la Asociación: el Congreso de Birmingham recomienda «calurosamente» a las *unions* que se integren en la AIT.

8. Los Congresos de Bruselas y de Basilea

Los debates de los Congresos reflejan la nueva práctica. En Bruselas (6-13 de septiembre de 1868), los delegados se pronuncian por la legitimidad y la necesidad de la huelga. Reafirman la necesidad de la cooperación obrera, pero con perspectivas muy distintas de las de los congresos precedentes: las asociaciones cooperativas deben formar la base de la futura sociedad socialista emancipada. Por iniciativa de los belgas, el Congreso se declara partidario de la apropiación colectiva de la tierra, de las minas, canteras, bosques, medios de transporte, con la oposición de un postrer sector de los prudhonianos franceses. Dicho Congreso decide la huelga general en caso de guerra, proposición que Marx juzga — dada la débil organización del movimiento obrero europeo— poco menos que utópica.

En el Congreso de Basilea (5-12 de septiembre de 1869),

reunión auténticamente internacional (27 franceses, 24 suizos, 10 alemanes, 6 ingleses, 5 belgas, 2 austriacos, 2 italianos, 2 españoles, 1 norteamericano; en total 72 delegados), se confirman las resoluciones colectivas tomadas en Bruselas: por 54 votos a favor, 4 en contra y 13 abstenciones (los votos en contra son franceses), «el Congreso declara que la sociedad tiene derecho a abolir la propiedad individual de la tierra e incorporar ésta a la comunidad». Pero es mucho más importante la resolución —tomada por unanimidad— que afirma la necesidad de una organización sindical internacional: «El Congreso estima que todos los trabajadores deben afanarse en crear sociedades de resistencia en los diferentes cuerpos de oficios».

9. Bakunin

En el momento que parecen triunfar las tesis del *Manifiesto inaugural*, surgen nuevas dificultades creadas por la oposición entre «marxistas» y «bakuninistas», que acarrearán, por una parte al menos, la dislocación de la Internacional.

El revolucionario ruso Bakunin (1814-1876), escapado de Siberia, se halla instalado en Suiza. Anarquista ya, ha formado un proyecto de revolución radical, negadora absoluta del orden existente. A la búsqueda de una organización que le permita propagar sus ideas, pensó primero en utilizar la francmasonería italiana, y después intentó inmiscuirse en la Liga de la Paz, organización internacional creada por burgueses republicanos. En septiembre de 1868 funda una Alianza Internacional de la Democracia Socialista que solicita adherirse a la Internacional. Según parece, dicha organización sólo tuvo una sección constituida en Ginebra; por prudencia, su programa sólo recoge en forma edulcorada los principales

temas anarquistas: ateísmo, igualdad política, económica y social de las clases y los individuos, abolición de la herencia y el Estado; pero, según los hábitos bakuninianos, la alianza oficial se dobla en otra alianza secreta compuesta por conspiradores seguros. Tras largas vacilaciones, el Consejo General acepta su adhesión (julio de 1869). El influjo del bakuninismo hace entonces rápidos progresos en el seno de la Internacional, sobre todo en los países de desarrollo industrial reciente: casi todas las secciones italianas parecen afectadas; en España, un discípulo de Bakunin, Fanelli, preside la formación de secciones en Madrid y en Barcelona. ¿Empresa superficial o profunda? El socialismo italiano no tardará en abandonar las vías del anarquismo, en tanto que la clase obrera española quedará profundamente marcada. Son también anarquistas los obreros relojeros del Jura suizo, conducidos por J. Guillaume, en los que, sin duda, la costumbre de un trabajo aislado, a domicilio, ha enraizado vigorosas tradiciones de independencia. En Francia se implantan algunos jalones, pero a pesar de la conversión (muy imperfecta) de algunos dirigentes, no se puede decir que antes de 1871 el movimiento francés resultase realmente afectado.

10. La querella suiza

De acuerdo en la necesidad de la resistencia sindical o de la colectivización, Marx y Bakunin divergen en los medios a emplear y en los objetivos a alcanzar. Marx recrimina a Bakunin la debilidad teórica y la peligrosa precipitación revolucionaria; Bakunin rechaza la organización y la disciplina con las que Marx quiere dotar al movimiento obrero.

Se ha exagerado el alcance de su querella antes de 1871. No existe aún en el seno de la Internacional un «partido» an-

tiautoritario, ni mucho menos un partido marxista autoritario; las grandes federaciones nacionales tienen otras preocupaciones.

Bakunin, es cierto, lanzó una primera ofensiva en el Congreso de Basilea, al hacer inscribir en el programa de discusión la abolición de la herencia, una «antigualla sansimoniana» según Marx. La votación fue hartamente indecisa. En Suiza, se libra, no obstante, un combate más rudo, pero de alcance limitado. En Ginebra, aunque aceptada por el Consejo General, la sección de la Alianza no ha logrado hacerse admitir en el seno de la Federación de las Secciones romanches. Anarquistas y socialistas debaten sobre la participación en la vida política local, los primeros rehusándola, los segundos aceptando la colaboración con la burguesía radical. Ambos se disputan la posesión del diario *L'Egalité*, que, tras haber sido el órgano del bakuninismo, pasa en enero de 1870 a manos de los socialistas. La querrela conduce a una escisión en el seno de la Federación romanche. Con motivo de su Congreso de La Chaux-de-Fonds (abril de 1870) la Alianza y las secciones del Jura forman una federación disidente (llamada en noviembre de 1871 Federación jurasiana). El Consejo General se mantiene prudentemente al margen del debate; Marx ha denunciado ya, sin embargo, las intrigas de los bakuninistas para alzarse con la dirección de la AIT en una «comunicación confidencial» a todas las secciones (marzo de 1870).

11. La Internacional, la guerra y la Comuna

Pero, poco después, la Internacional tiene más graves preocupaciones: la guerra franco-alemana estalla el 15 de julio de 1870. Después de que los internacionalistas parisienses, en un sonado manifiesto (12 de julio), se pronuncien en vano

contra ella:

La guerra, por motivaciones de preponderancia o de dinastía, no puede ser, a los ojos de los trabajadores, más que una criminal absurdidad.

Tras la derrota de Sedán y la consecutiva caída del régimen imperial, Marx, en nombre del Consejo General saluda el nacimiento de la República el 4 de septiembre, poniendo por otra parte en guardia a los obreros contra toda tentativa de revolución prematura:

La clase obrera francesa se halla colocada ante circunstancias extremadamente difíciles. Toda tentativa de derrocar al nuevo poder, cuando el enemigo golpea casi a las puertas de París, sería una locura... Que calmadamente, pero con energía, [los obreros] aprovechen la libertad republicana para proceder metódicamente a su organización de clase.

Llamamiento del 9 de septiembre.

Pero ya el 28 de septiembre, en Lyon, Bakunin, que se desplaza expresamente desde Ginebra, ha intentado desencadenar las «malas pasiones» populares. Aprovechando una manifestación de descontentos, se adueña del Ayuntamiento en donde proclama la abolición del Estado. Pero Marx apostilla maliciosamente:

el Estado, en la forma y la especie de dos compañías de guardias nacionales burgueses, entró por una puerta que habían olvidado custodiar e hizo desandar apresuradamente el camino de Ginebra a Bakunin.

Finalmente se produjo la insurrección prematura que temía Marx: la Comuna del 18 de marzo de 1871, última de las revoluciones del siglo XIX, insurrección de un proletariado de tipo antiguo aún impregnado de los recuerdos de la Revolución francesa y de una mentalidad jacobina.

La Internacional francesa representó en ella un papel importante pero no decisivo. Había abordado la guerra muy debilitada por la persecución sistemática del Imperio. Pero fueron los internacionalistas quienes animaron durante el sitio los Comités de Vigilancia de los Distritos y su Comité Central, después Delegación de los Veinte Distritos. En las elecciones del 8 de febrero de 1871 a la Asamblea Nacional, los parisienses designan, en medio de una aplastante mayoría de diputados burgueses radicales, a dos internacionales, Malón y Tolain.

En cambio, los internacionalistas apenas han tomado parte alguna en la constitución del Comité Central de la Guardia Nacional que ha hecho la insurrección. En el Consejo de la Comuna, una veintena de internacionalistas se alinean a la «minoría» socialista opuesta a la «mayoría» jacobina y blanquista.

Esta revolución de cuño antiguo, Marx la transfigura por la explicación que da de ella en nombre del Consejo General el 30 de mayo de 1871 (*La Guerra Civil en Francia*):

La Comuna era esencialmente un gobierno de la clase obrera..., la forma política al fin hallada que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

Los *communards* comenzaron por destruir el Estado opresor, «amputando los órganos puramente represivos del antiguo poder gubernamental», suprimiendo los ejércitos permanentes, la policía, la burocracia, haciendo elegir a todos los funcionarios, rompiendo «el arma espiritual de la opresión, el poder de los sacerdotes» con la separación de la Iglesia y el Estado, sustituyendo el antiguo gobierno «supracentralizado» por la libre federación de todas las comunas de Francia, emprendiendo la liberación del trabajo por medio de la organi-

zación cooperativa de la producción. El marxismo tiene de ahora en adelante su teoría del Estado.

12. El fin de la Internacional

Con la derrota de 1871, se dispersan las secciones francesas. La represión de las actividades de la Internacional se extiende a los otros países: en España se la declara fuera de la ley, en Dinamarca se persigue sistemáticamente a sus miembros, así como en Austria-Hungría y en Alemania, donde Bebel y Liebknecht son condenados a dieciocho meses de cárcel el 27 de marzo de 1872.

En cuanto a los trade-unionistas ingleses, la mayoría desaprueba la Comuna; algunos rehúsan firmar el llamamiento del 30 de mayo de 1871.

Sin embargo, no por ello la Asociación ha sido aniquilada; antes por el contrario, hace enormes progresos en Bélgica, en Italia, en España, aunque sólo por poco tiempo. Pero su desaparición viene incubándose en su propio seno, pues ya está desgarrada; querellas de los proscritos *communards* franceses entre sí y con el Consejo General; querella, sobre todo, entre los marxistas y los bakuninistas, entre «autoritarios» y «anti-autoritarios». Ésta atañe sobre todo a dos puntos: uno acerca del problema de la disciplina interna de la AIT —los bakuninistas exigen la autonomía completa para las secciones o federaciones nacionales y el fin de la «dictadura» del Consejo General—; el otro, a la cuestión de la actitud del movimiento obrero respecto de la política —los anarquistas propugnan la abolición revolucionaria del Estado opresor y, mientras tanto, la abstención total en materia política—; de este modo vuelven, tras algunos años, a las posiciones de los prudhonianos.

Hay a partir de entonces dos partidos netamente definidos.

Ante la imposibilidad de celebrar un Congreso en 1871, el Consejo General convoca una Conferencia en Londres (17-22 de septiembre). De una manera precavida o casual, ésta cuenta, de los 23 delegados, 13 representantes del Consejo General enteramente fieles a Marx, y sólo 4 opositores, entre ellos el francés Bastelica y el español Anselmo Lorenzo, mientras que el belga De Paepe se esfuerza vanamente en la conciliación. No obstante, se toman decisiones importantísimas. Marx hace triunfar sus tesis en la resolución LX sobre la necesaria acción política de la clase obrera:

Considerando:

Que contra el poder colectivo de las clases poseyentes el proletariado sólo puede actuar como clase constituyéndose en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseyentes,

Que esta aglutinación del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objetivo supremo: la abolición de clases,

Que la unión de las fuerzas obreras ya obtenida por las luchas económicas debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores,

La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional que en el estado militante de la clase obrera su movimiento económico y su acción política van indisolublemente unidos.

Con todo, la lucha continúa con no menor intensidad. Las secciones del Jura, reunidas en congreso en Sonvilier (12 de noviembre de 1871), rehúsan suscribir las decisiones tomadas en Londres. En 1872, el Consejo General denuncia a los anarquistas en el folleto *Las pretensas escisiones en la Inter-*

nacional, a la cual replica inmediatamente una *Respuesta de algunos internacionalistas miembros de la Federación jurasiana*.

La escisión se consuma en el Congreso de La Haya (2-7 de septiembre de 1872). Los delegados jurasianos acuden con el encargo de pedir «la supresión del Consejo General y la de toda autoridad en la Internacional». Pero los «marxistas» poseen una cómoda, aunque heteróclita, mayoría. El Congreso aprueba los términos de la resolución LX de Londres, confirma la autoridad del Consejo General, pronuncia la exclusión de Bakunin y J. Guillaume y, a propuesta de Marx y Engels, se acuerda trasladar el Consejo General a Nueva York.

Esta decisión es como un tiro de gracia. Para Marx, ha terminado una época. Tras la derrota y las experiencias de la Comuna, hay que volver a comenzar sobre nuevas bases:

La Internacional —escribe Engels a Sorge, miembro del Consejo General neoyorquino— ha dominado diez años de historia europea desde determinado aspecto, del aspecto que conduce al porvenir, y puede sentirse orgullosa de la obra que ha llevado a cabo. Pero sobrevive en su forma antigua. Yo creo que la futura Internacional, tras algunos años de influencia de los textos de Marx, será directamente comunista e implantará nuestros principios.

El postrer acto del Consejo General londinense es la publicación de un informe dirigido contra los anarquistas: *La Alianza de la Democracia Socialista y la AIT*. En Nueva York, sin embargo, la AIT se extingue irremediamente: el 15 de julio de 1876, la Conferencia de Filadelfia pronuncia la disolución del Consejo General.

13. La Internacional antiautoritaria

Con todo, los antiautoritarios no se declaran vencidos. El 15 de septiembre de 1872, los representantes de cinco federaciones disidentes, jurasiana, italiana, española (que sigue siendo bakuninista a pesar de los esfuerzos del yerno de Marx, Lafargue), además de una esquelética federación norteamericana y una fantasmal federación francesa, celebran un Congreso extraordinario en Saint-Imier. Esta Internacional disidente muestra durante algún tiempo más vigor que la organización oficial radicada en Nueva York: excepto los alemanes, todas las federaciones que subsisten realmente en Europa se unen a ella, y especialmente la aún poderosa organización belga (1876). Ella convoca en Ginebra (1-6 de septiembre de 1873) un VI Congreso que vota, por unanimidad, que se suprima el Consejo General, adopta nuevos estatutos que respetan la autonomía de las secciones, y se pronuncia por la huelga general como medio de emancipar revolucionariamente al proletariado. El año siguiente celebra un VII Congreso en Bruselas, y un VIII en Berna en octubre de 1876. En realidad, no reunió más que a los representantes de minúsculas minorías, en un período de total desorganización de los movimientos obreros. En todo caso, sus fuerzas no cesan de disminuir. Bakunin la abandona a fines de 1874 y fallece el 14 de julio de 1876. Varios *communards* en el exilio la abandonan a su vez, B. Malón, J. Guesde. Impacientes por pasar a acciones revolucionarias, los italianos, que han roto con ella para intentar algunas insurrecciones locales (1874, 1876), se encuentran ante una corriente moderada que hace la competencia a los organizadores anarquistas. Los belgas sólo se alinean temporalmente, y paulatinamente reanudan el camino del socialismo organizado/Por todas partes,

con el renacimiento del movimiento obrero, el influjo del anarquismo declina ante el del socialismo. La Internacional antiautoritaria celebra su último Congreso en Verviers (6-8 de septiembre de 1877) y la Federación jurasiana el suyo en La Chaux-de-Fonds, el 9 y el 10 de octubre de 1880. El anarquismo continuará en otras formas, pero la época de los partidos socialistas, políticos y nacionales, ya ha comenzado.

Segunda parte

La época de la II Internacional

1 - Una nueva tentativa de unidad proletaria internacional

I. La expansión del movimiento obrero

1. La expansión geográfica

El año 1880 señala el comienzo de una nueva fase en la historia del movimiento obrero internacional.

En esta fase, las fronteras del socialismo se vieron alteradas: a la Europa occidental y central se añaden, en los últimos decenios del siglo XIX, al norte, los países escandinavos; al este y sureste, Rusia y los países balcánicos, al sur, la Península ibérica y sobre todo Italia. Es más: aparecen ya esporádicamente focos de socialismo en otros continentes, especialmente en los Estados Unidos.

Esta expansión geográfica del socialismo es el reflejo de las mutaciones que intervienen, a la sazón, en las estructuras obreras, en función del desarrollo de las sociedades industriales. Por una parte, el número de trabajadores industriales aumenta en proporciones considerables: en Alemania, entre 1882 y 1895, la mano de obra industrial pasa de 7300000 a 10200000 (aumento del 40%). Por otra parte, los obreros se concentran en las grandes empresas: en Alemania, en este período, el personal empleado en las fábricas de más de 1 000 obreros pasa de 213 000 a 448 000 (aunque la categoría de los asalariados de las pequeñas empresas artesanas sigue siendo preponderante). Aparecen, también, nuevas categorías profesionales (trabajadores ferroviarios, del gas, etc.) que, en

Inglaterra, por ejemplo, provocarán profundas modificaciones en las estructuras del movimiento obrero.

2. La expansión del sindicalismo

El incremento de las fuerzas obreras se traduce, ante todo, en el aumento del número de sindicatos: en Alemania, las organizaciones profesionales bajo influencia socialdemócrata que en 1879 sólo tenían 50 000 miembros, alcanzan en 1900 la cifra de 700 000 adherentes. Ahora bien, el desarrollo del movimiento sindical no es solamente cuantitativo, sino también cualitativo, pues las federaciones comenzaron a formarse sobre la base, no ya del oficio, sino de la industria en general.

El hecho de que el desarrollo económico condicione el desenvolvimiento sindical obrero acarree, en función de los ritmos de industrialización y de sus formas de organización, diferencias en los ritmos nacionales y las formas de sindicalización.

Éstas, condujeron a su vez a que las relaciones entre socialismo y sindicalismo estuviesen bien distinguidas. En Inglaterra, el movimiento trade-unionista controla toda la actividad obrera y condiciona la implantación socialista. En Alemania, es el partido socialdemócrata el que dirige la actividad sindical en función de la estrategia y de la táctica socialistas. En Bélgica y en los países escandinavos, hay fusión total, al integrarse las tres formas de organización obrera (partido, sindicatos y cooperativas) que constituyen la democracia socialista. En Francia, el sindicalismo y el socialismo se desarrollan paralelamente antes de competir en la conquista de la opinión obrera.

3. La expansión del socialismo organizado

Cualesquiera que fueran las modalidades de las relaciones establecidas con el sindicalismo, el socialismo logró un desarrollo numérico del mismo orden. Por todas partes, de acuerdo con las conclusiones de la Conferencia de Londres de la AIT, el socialismo tendió a cristalizarse en partidos políticos autónomos. La noción de partido fue aceptada de tal modo que secciones locales u organizaciones regionales se denominaron abusivamente partidos, hasta que se impuso la necesaria distinción entre la noción de partido a escala nacional, y que todos los grupos socialistas diseminados se fusionaron en partidos nacionales.

La formación e implantación de partidos socialistas en el plano nacional e internacional se desarrolló en una violenta lucha entre las diferentes escuelas de la socialdemocracia marxista; pero, en la práctica, la adaptación a las estructuras específicas de cada país determinó las particularidades de organización y funcionamiento de los partidos que se denominaban socialdemócratas.

Este proceso general adoptó, pues, varias formas, y por lo tanto se crearon diversos tipos de partidos. El modelo teórico fue el Partido Socialdemócrata alemán, fundado en 1875 en el Congreso de Unificación de Chota, en el que la Asociación General Obrera Alemana de inspiración lasaliana se fusiona con el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania, de inspiración marxista, dirigido por A. Bebel y W. Liebknecht. Modelo que no lo era desde el punto de vista de sus formas de organización, que derivaban de las coacciones a las que la clandestinidad, tras las leyes de excepción de 1878, forzaba a los socialistas alemanes, sino en cuanto a la noción misma de

partido que, en el espíritu del marxismo, debe ser determinado por la conciencia del papel motor y dirigente que desempeña, respecto de las fuerzas proletarias, su vanguardia organizada.

El modelo belga, en cambio, se distinguió por la originalidad de su estructura de organización, ya que el Partido Obrero belga, creado en 1885, no era más que una federación de las tres clases de organizaciones obreras: secciones socialistas propiamente dichas, secciones sindicales y, sobre todo, cooperativas de consumo, que atrajeron, gracias a su extensa red, a la mayoría de los candidatos a la adhesión al POB, todo ello dirigido por un Consejo General constituido por los delegados de cada rama.

En Francia, hasta fines del siglo XIX, no hubo *un* partido, sino una pluralidad de partidos que hacían suya una versión del socialismo y, en cierta medida, siguieron vinculados a las tradiciones regionales.

En Inglaterra, la amplitud que tomó el movimiento trade-unionista fue tan vasta que impidió durante mucho tiempo la aparición de un socialismo autónomo.

En 1884, Hyndmann creó la Federación Socialdemócrata, pero, hostil al trade-unionismo, ésta siguió siendo un grupillo. La Liga Socialista, constituida el mismo año por disidentes opuestos al sectarismo de Hyndmann, aportó los cuadros dirigentes promotores de un nuevo trade-unionismo que desembocó en la formación del Independent Labour Party en 1893, dirigido por el minero escocés Keir-Hardie y por el líder sindicalista Tom Mann. En 1900, las Trade-Unions, deseosas de tener su propia representación en el Parlamento contra los dos partidos burgueses tradicionales, formaron el Comité para la Representación Obrera, que más tarde adoptó

el nombre de Labour Party.

La noción de partido, tras haber triunfado en los países en vías de industrialización, se extendió hasta en los países de estructura agraria: *Grupo de Liberación del Trabajo*, fundado por Plejanov (1883); *Partido Socialista búlgaro* (1891); *Partido Socialdemócrata Obrero de Rumania* (1893), etcétera.

4. La expansión de la influencia socialista

La organización de partidos atestiguaba que el socialismo penetraba en la opinión pública, y multiplicaba también sus posibilidades. Ahora bien, como el advenimiento de la sociedad industrial se traducía en el plano institucional por el advenimiento del parlamentarismo, la conquista socialista de la opinión pública debía reflejarse en la composición de los Parlamentos nacionales: en Alemania, desde 1877, los candidatos socialistas recogían 500 000 votos; después de suprimir las leyes de excepción, más de dos millones de electores elegían a 56 diputados socialistas en 1898.

Esta expansión del socialismo europeo planteó, por sí misma, la cuestión de la reanudación de las relaciones internacionales, la Internacional debiendo ser el estado mayor del ejército proletario y el internacionalismo la vía que conduciría a la revolución. La Internacional fijaba el objetivo a alcanzar, prefigurando el modelo venidero. Pero, ¿cómo reunir, en las variadas coyunturas, fuerzas y tendencias obreras marcadas por la diversidad nacional, y ello sin trabar su autonomía? Así es como los caracteres particulares de este período de la historia del socialismo, que comienza después de la Comuna y termina en agosto de 1914, determinaron la especificidad institucional y las formas de manifestación de la II Internacional.

II. La creación de la II Internacional

1. Las tentativas de reconstituir la AIT

La idea de reunir a los representantes de las organizaciones obreras y los socialistas fue debatida varias veces en los años que siguieron a la disolución de la AIT. Entre 1876 y 1888, congresos y conferencias sedicentes internaciones se suceden (1881 en Coire, Suiza, 1883 en París, etcétera). Los socialistas de Bélgica y Suiza son los que animan estas iniciativas con el objeto de reconstituir la AIT. Pero sus esfuerzos resultan baldíos por la oposición de la socialdemocracia alemana y, especialmente, de Marx y Engels, para quienes el problema no era de volver a un estado de cosas considerado como superado, sino crear partidos poderosos y coherentes en los tres países decisivos de la Europa occidental, Inglaterra, Alemania y Francia: «Si los franceses y los ingleses se unieran con los alemanes, sinceramente, se alcanzaría entonces el objetivo sin unión formal» (Engels).

Para explicar su posición, Engels se basaba en la coyuntura europea. En realidad, le movían razones más fundamentales. En primer lugar, el fracaso de la Comuna sugería que el advenimiento de la revolución no se situaba a corto plazo. En segundo término, los movimientos obreros y socialistas en la mayor parte de los países europeos en vías de industrialización tomaban un carácter de masa que acentuaba la necesidad de adaptar para cada uno de ellos, según la coyuntura nacional propia en la cual evolucionaban, su táctica política.

Pero era sobre todo la pluralidad de las escuelas socialistas en presencia y la discordancia de los programas que de ella resultaba, la que entrañaba el riesgo de forzar de nuevo a los

dirigentes del marxismo a luchar por la dirección del movimiento como en los tiempos de la I Internacional. Ciertamente, el marxismo se había impuesto como corriente dominante. Y si, a la muerte de Marx (1883), se planteó el problema de su sucesión, el prestigio de Engels fue suficiente para impedir que las divergencias de interpretación del pensamiento marxista tomaran un giro público. Pero esta preeminencia era sobre todo verdadera en Europa central: en otras partes, el marxismo debía vencer aún la resistencia de las demás corrientes socialistas. Por esto, en torno a Engels y dirigidos por él se agrupan jóvenes teóricos que conducen una ardiente polémica doctrinal: K. Kautsky, E. Bernstein en Alemania, A. Labriola, F. Turati en Italia, J. Guesde, P. Lafargue, G. Sorel en Francia y G. Plejanov en Rusia. ¿Contra quién? A la vez contra las ideologías y grupos procedentes de la izquierda republicana y contra las ideologías y grupos socialistas no marxistas: en particular contra los anarquistas y los neobakuninistas —localizados sobre todo en los países latinos (Italia, Francia, España), en Rusia (populismo), en Holanda (Dómela Nieuwenhuis) —, que, disponiendo de una audiencia internacional, buscan refuerzo cerca de aliados ocasionales, tales como el trade-unionismo inglés o el posibilismo francés.

2. El Congreso de París (1889)

Obstáculo y aguijón oponiéndose y empujando a la reanudación de los contactos internacionales, la rivalidad de tendencias explica que en el transcurso del año 1888 se registren dos iniciativas que encaran, con ocasión del centenario de la toma de la Bastilla, la convocatoria de un Congreso internacional en París. La primera fue formulada por el partido

alemán e inmediatamente la hizo suya el Partido Obrero francés (guesdista). La segunda lo fue por la Federación de Trabajadores Socialistas de Francia (posibilista), que previamente se había asegurado el apoyo de las Trade-Unions inglesas. La querrela francesa es también una querrela internacional. Los socialistas belgas y suizos, así como los líderes alemanes W. Liebknecht y A. Bebel buscan en vano una solución de compromiso. Finalmente dos Congresos paralelos y rivales se reunieron en París del 14 al 21 de julio de 1889, uno de tendencia marxista (llamado «de la sala Pétrelle»), el otro posibilista (llamado «de la calle de Lancry»).

En el Congreso de la sala Pétrelle, organizado en común por los guesdistas, los blanquistas dirigidos por E. Vaillant y la Federación de las Cámaras Sindicales de París, fue donde se creó la II Internacional: reunidos por primera vez al cabo de dieciséis años, los delegados de veintitrés países, tras exponer en la tribuna el balance de los progresos realizados en sus países respectivos, ensalzaron la vocación internacionalista del movimiento: «Todos sois hermanos y sólo tenéis un enemigo, el capital privado, ya sea prusiano, inglés o chino», declara Lafargue.

Sin embargo, la oposición categórica de los socialdemócratas marxistas —en primer lugar del PSD alemán— hizo fracasar la tentativa de utilizar el Congreso de París para reconstituir la antigua Internacional.

Engels, que representó entre bastidores un papel primordial, unos días antes de la inauguración del Congreso le decía a Lafargue que los alemanes, «que no pueden permitirse jugar a organizaciones internacionales, que por el momento son tan imposibles como inútiles», combatirán la «nostalgia de una reconstitución de la Internacional en una u otra forma».

El Congreso posibilista no planteó este temible problema. Pero las divisiones sobrevenidas en el seno del grupo posibilista permitieron en 1890, gracias a la habilidad de Engels, que en Bruselas, del 18 al 23 de agosto de 1891, se reuniera un solo congreso que se terminó con la victoria del marxismo, tanto en el terreno de los principios como en el de la táctica.

3. La resurrección de la Internacional

Con el Congreso de Bruselas, queda reconocido de ahora en adelante el renacimiento de la Internacional. Pero su concepción y su funcionamiento se impusieron en una nueva forma. En efecto, al contrario de la AIT, aquélla rehúsa darse una estructura centralizada e incluso se afirma como una organización permanente: Federación de partidos y de grupos nacionales autónomos, asegura las relaciones internacionales entre los movimientos de -los diversos países en forma de Congresos internacionales —cada tres años—, que se denominan «futuro Parlamento del proletariado». Los dirigentes socialistas del mundo entero encuentran en estas asambleas representativas una tribuna en la que pueden plantear los problemas del movimiento en términos europeos, zanjar las cuestiones de principio y extraer, mediante un esfuerzo común de síntesis, soluciones políticas y métodos de acción. Las resoluciones que se adoptan son consideradas como normas de la acción socialista y ejercen un influjo decisivo, aunque de orden moral, en la definición del programa y la política de los partidos afiliados. Pero los Congresos internacionales evitan escrupulosamente intervenir en los asuntos internos de las secciones nacionales que conservan su competencia exclusiva en materia de táctica. Es, pues, la pertenencia a una

misma institución de representantes de todas las tendencias socialistas y su preocupación de respetar la autonomía de las secciones nacionales lo que constituye el rasgo propio de la II Internacional y determina en amplia medida sus posibilidades y los límites de su funcionamiento.

4. Tradiciones e innovaciones

El primer período de la historia de la II Internacional engloba los dos últimos decenios del siglo XIX: en ellos la Internacional debe hacer frente, en una atmósfera tradicional, a experiencias inéditas. En efecto, a los problemas que datan de la AIT, a los militantes procedentes de la antigua Internacional vienen a añadirse una generación y problemas nuevos.

Lo que ante todo sigue siendo tradicional es la perspectiva: hasta fines del siglo XIX, el mundo socialista vive en la certeza de que el triunfo a corto plazo de la revolución proletaria es ineluctable. La tarea propia del socialismo es, pues, la de organizar el proletariado con vistas al último asalto; el papel de la Internacional es el de coordinar una batalla cuyos episodios se desarrollan a la escala de cada país.

Lo nuevo es, en el contexto de las grandes luchas sociales de fines del XIX, el amplísimo lugar que ocupan las reivindicaciones inmediatas del proletariado industrial.

Esto replanteaba la cuestión de la dialéctica de las luchas económico-políticas ya planteadas en tiempos de la AIT: «el ejército internacional del proletariado» ¿triunfaría al arrancar primero su emancipación económica, que, a su vez, debería asegurar su emancipación política, o bien conquistaría el poder político, el cual permitiría seguidamente su emancipación íntegra?

5. La lucha contra los anarquistas

Este problema de la doctrina fue el substrato de todos los debates internacionales; la corriente anarquista, con todas las tendencias hostiles al marxismo (trade-unionismo, posibilismo), sostenía el primer punto de vista. De ahí la renovación de una encarnizada lucha entre marxistas y anarquistas. Los anarquistas se vieron en primer lugar excluidos del Congreso de Bruselas (agosto de 1891); no obstante, el anarquista holandés Nieuwenhuis animó los debates sobre la cuestión del militarismo y la huelga general. En segundo lugar, el Congreso celebrado en Zurich del 6 al 12 de agosto de 1893 adoptó, tras la expulsión de los delegados anarquistas alemanes, la moción de Bebel:

Son admitidos en el Congreso todos los sindicatos profesionales obreros, así como aquellos partidos y asociaciones socialistas que reconocen la necesidad de la organización obrera y la acción política.

Pero al Congreso de Londres (26 de julio-2 de agosto de 1896) le fue necesario entablar debates tumultuosos para que se decidiese explícitamente la expulsión de los anarquistas que rechazaban la acción legislativa y parlamentaria como uno de los medios de combate en la lucha anticapitalista.

Los resultados de dicha lucha contra los anarquistas no fueron sólo teóricos respecto a la afirmada importancia de la acción política, sino que desembocaron, en la práctica, en la consagración de la preponderancia del partido en tanto que forma superior de organización y de acción obreras. Por esto, si los componentes de la Internacional, en su Congreso de París en 1889, son aún multiformes y predominan en él los representantes de las organizaciones obreras y sindicales, la

organización en partidos nacionales pasa a ser la regla general a fines del siglo XIX. Ahora bien, este proceso de separación del partido de todas las demás formas de organización obrera conduce al propio tiempo a replantear la cuestión de las relaciones entre él y los sindicatos especialmente.

6. La Internacional y los sindicatos

Sobre este punto, la unanimidad fue menos evidente, y la Internacional se vio dividida en tres fracciones en cuanto a la oportunidad de admitir en su seno a las organizaciones sindicales. Los socialdemócratas alemanes, deseosos de integrar en la Internacional a las fuerzas sindicales consideradas como «la escuela primaria del socialismo», impusieron su punto de vista en los cuatro primeros congresos: fue entonces cuando se cristalizaron las formas modernas de organización profesional (federaciones, confederaciones, etcétera). Pero una fracción del socialismo francés se declaró resuelta a mantener el carácter político de los Congresos internacionales, al paso que, separándose de los unos y los otros, los trade-unionistas ingleses, apoyados por los sindicalistas franceses, solicitaron que se hiciese una distinción entre partidos y sindicatos y que los dos tipos de organización obrera fuesen representados en un mismo plano de igualdad.

El Congreso de Londres de 1896, que se denominó Congreso Internacional Socialista y de las Cámaras Sindicales, sólo realizó un compromiso efímero. Después de 1900, en el plano internacional se consumó el divorcio institucional entre el movimiento socialista y el movimiento sindical, si bien los Congresos de la Internacional continuaron discutiendo regularmente sobre la «cuestión sindical».

2 - LA INTERNACIONAL DIVIDIDA

I. La alternativa: reforma o revolución

El viraje del siglo XIX fue también un viraje de la historia del movimiento obrero internacional.

La revolución esperada no se produjo. En cambio, las sociedades capitalistas, tras haber superado las dificultades económicas de los decenios precedentes inician una época de crecimiento y de evolución técnica aceleradas; la subida de los precios y la expansión de los países industrializados arrastra en el circuito mundial a las economías atrasadas; el reparto de las colonias se termina, contribuyendo a la vez al desarrollo de los países colonizadores y a la agravación de la discordia entre las grandes potencias. Estos diversos fenómenos son interpretados como características de una nueva fase del desarrollo capitalista: la del imperialismo que, en el plano social, no puede corresponder más que a un nuevo crecimiento de las fuerzas del socialismo.

De hecho, la Internacional obrera entra en la segunda fase de su historia: la primera comienza con la crisis revisionista y termina en agosto de 1914. En la segunda, la Internacional reúne grandes partidos nacionales, políticamente influyentes, numéricamente poderosos. Este impulso compensa el declive del mesianismo revolucionario y crea un optimismo desmesurado: en la práctica, determina cambios profundos, aunque desiguales, en la implantación, la estructura institucional y la orientación de la Internacional.

En lo sucesivo el socialismo desborda ampliamente el viejo continente; su penetración se acentúa en las tres Américas, en Australia e incluso en Asia; no obstante, sigue siendo un fenómeno predominantemente europeo.

En el plano institucional, el socialismo ha rebasado el estadio formulativo:

Cuando la principal preocupación del socialismo era la de preparar sus fórmulas más generales, pudo ser útil en cada Congreso internacional pasar revista a sus principios. Pero el socialismo ha superado ya este período [...] Es necesario que se proceda, en cada orden de sus problemas, a un meticuloso análisis, a una crítica precisa de las ideas, a una rigurosa búsqueda de soluciones (Jaurés, 1902).

Asimismo, Lenin, en 1907, declara que los Congresos socialistas internacionales se han transformado «en asambleas de trabajo que ejercen una profunda influencia en el carácter y la orientación de la actividad socialista en el mundo entero».

1. Se establecen las instituciones de la Internacional

En efecto, tras diez años de tanteos, la autoridad adquirida por los Congresos, la resonancia de sus deliberaciones disiparon todo equívoco: la nueva Internacional se afirmaba como una organización universalmente reconocida y en consecuencia debía consolidar su armazón.

En el Congreso internacional de París (1900) se decidió la creación del Buró Socialista Internacional (BSI): consta de dos delegados por país, con sede en Bruselas, y dispone de un secretariado permanente, mientras que la delegación belga — Vandervelde, Servy— asume la función del Comité Ejecutivo. Al principio la BSI sólo fue un modesto engranaje, pero después del nombramiento de Camille Huysmans para el car-

go de secretario (1905), dicho Comité aseguró las actividades de la Internacional en el intervalo de los congresos; en sus reuniones anuales participan las personalidades del socialismo de la época; Jaurés, Vaillant, Guesde, por Francia; Kautsky, P. Singer, H. Haase, por Alemania; Troelstra, Van Kol, por Holanda; Plejanov y Lenin por los socialdemócratas, Rubanovitch por los socialrrevolucionarios de Rusia; Rosa Luxemburg (Polonia); H. Branting (Suecia); C. Racowsky (Rumania); Keir-Hardie, Hyndmann (Inglaterra); S. Katayama (Japón); W. Adler (Austria); P. Knudsen, Th. Stauning (Dinamarca); F. Turati, Morgari (Italia); M. Hillquit (EE.UU.), etc.

Por iniciativa del BSI se decidió, en 1904, la constitución de una Comisión Socialista Interparlamentaria, con la misión de coordinar las actividades parlamentarias socialistas de todo el mundo: entre 1906 y 1910 celebró cinco conferencias plenarias. Asimismo, los periodistas socialistas se reúnen cuatro veces entre 1907 y 1910. En 1907, la primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas decide crear un Buró Internacional, para cuya dirección fue elegida Clara Zetkin. En esta misma época, por iniciativa de la J.S. de Alemania, se constituyó, con un Comité Ejecutivo compuesto por H. de Man, L. Frank y K. Liebknecht, la Federación Internacional de la Juventud Socialista, cuya primera Conferencia Internacional se reunió en Stuttgart paralelamente al Congreso de la Internacional. En 1908 su secretariado permanente, asumido por Robert Danneberg, reside en Viena. Entretanto, la actividad de la Federación de la Juventud se desarrolla con plena autonomía, ya que su solicitud de afiliación a la Internacional no se hará efectiva hasta en 1914.

2. La crisis revisionista

El viraje del siglo XIX se traduce también más profundamente en el ámbito ideológico por la crisis revisionista.

Con la muerte de Engels, en 1895, desaparece el hombre que goza en el movimiento socialista de una autoridad universal e indiscutible. Ahora bien, dicha desaparición acontece en el momento en que es más necesario desarrollar un vigoroso esfuerzo teórico: la antigua estrategia, fundada en la inminencia de una catástrofe en la que se derrumbaría el capitalismo, socavado por sus contradicciones internas, se revela inaplicable. Es entonces cuando E. Bernstein reflexiona sobre el marxismo, que él estima superado por la evolución de la sociedad moderna, y sugiere su sistemática puesta al día, en una obra publicada en 1899, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*.

El revisionismo bernsteiniano se define negativamente por su renuncia a los principios filosóficos y a las consecuencias políticas del marxismo; positivamente, por el deseo de restablecer «la unidad de la teoría y la unidad entre teoría y práctica». En el terreno filosófico, Bernstein se alinea a la corriente neokantiana: para él, la filosofía no es un sistema de conceptos, sino una ciencia cuyo producto no puede ser la política. Al atacar el materialismo histórico cree poder constatar que en los países evolucionados la lucha de clases es un fenómeno en vías de desaparición o, al menos, de atenuarse: las nuevas condiciones de la vida política, económica y social, debidas en parte a las propias conquistas del movimiento obrero, y los modernos medios de presión permiten encarar una humanización de las relaciones sociales. Al poner en tela de juicio los mecanismos de la sociedad capitalista, propone

revisar las teorías marxistas de la plusvalía, de la concentración capitalista y de la ley de la acumulación que implica la polarización de la riqueza. Insiste en la capacidad de adaptación, en la flexibilidad y la maleabilidad sorprendentes de la sociedad capitalista. Las crisis, en particular, no son ineluctables, lo que implica rechazar la teoría del derrumbamiento automático. En consecuencia, Bernstein preconiza un socialismo de nuevo cuño cuya dovela es el establecimiento de relaciones pacíficas entre las naciones y las clases, un socialismo fundado en la convicción de que el capitalismo debe evolucionar progresiva y pacíficamente hacia el socialismo. Concluye, en definitiva, que es menester tener «el coraje de emanciparse de una fraseología superada por los hechos y aceptar ser un partido de reformas socialistas y democráticas». Es esto lo que le conduce a rehusar que el proletariado reivindique la exclusividad del poder:

Pretender que la transformación socialista de la sociedad sólo puede ser obra de la clase obrera, es tener un total desconocimiento de los hechos. Tanto más cuanto aún no está lo bastante desarrollada como para asumir el poder político.

La socialdemocracia debe, pues, salir de su aislamiento, buscar la alianza con la izquierda, que, sin desconocer la lucha social, rehúsa la dictadura del proletariado. En resumen, el socialismo pasa a ser un objetivo que se alcanzará no por la vía de una revolución sangrienta, sino por un proceso de reformas: un cotidiano y paciente trabajo desde el interior debe transformar la sociedad capitalista.

Desde la publicación de la obra de Bernstein, los contemporáneos comprenden que no se trata de una mera herejía ni de un ejercicio especulativo. Los debates no tardan en desbordar el ámbito alemán. La discusión sólo se desarrolla, em-

pero, en el terreno doctrinario y abstracto: hace caso omiso de los cambios objetivos operados en la sociedad contemporánea y de las consecuencias tácticas que dichos cambios implican para la definición de la política socialdemócrata.

En defensa del marxismo y contra Bernstein tomaron posición las grandes personalidades de la socialdemocracia, y en primer lugar Kautsky, quien sostuvo que los cambios mencionados —cuya existencia no niega— no son más que fenómenos de coyuntura: la calma es provisional y la aparición del imperialismo conducirá a la larga a una agravación del antagonismo entre las clases:

El capital ha salido fortalecido del campo de batalla y ha encontrado un nuevo período de prosperidad, pero en su pecho el ideal de la libre concurrencia ha cedido el lugar al del monopolio que conduce al ideal del pirata.

Kautsky y los teóricos del «centro» ortodoxo critican a Bernstein en nombre de la salvaguardia del marxismo: estiman por otra parte la tentativa bernsteiniana como el reflejo de la crisis de crecimiento por la que atraviesa entonces el socialismo. En cambio, el ala izquierda alemana (en la que se distingue una joven militante, de origen polaco, Rosa Luxemburg) se muestra deseosa de renovación, pero en el marco del marxismo y para eliminar toda tentación reformista.

Estas tres posiciones se resumen admirablemente en estos tres aforismos:

—De Bernstein: «Todo reside en el movimiento, nada en el objetivo final»;

—De Rosa Luxemburg: «Todo reside en el objetivo final, nada en el movimiento»;

—De W. Liebknecht: «Lo esencial es el objetivo final, pero

es necesario el movimiento para aproximarse al objetivo».

3. El Congreso de París (23-27 de septiembre de 1900)

El caso Millerand, en Francia, va a dar una dimensión práctica a la discusión hasta entonces teórica, y constituir el trasfondo del Congreso de la Internacional que se reúne en París.

Rehusando entrar en los asuntos franceses, que sólo incumben a la sección interesada, el congreso, no obstante, se ve obligado a centrar sus trabajos en el examen de la estrategia propicia para la conquista del poder político y de la táctica correspondiente; es decir, el problema de las alianzas con los partidos burgueses (y, en el contexto francés, del ministerialismo).

Los debates, apasionados y prolongados, se terminan por una resolución de compromiso que redacta Kautsky:

En un Estado democrático moderno la conquista del poder político por el proletariado no puede ser el resultado de un golpe de mano, sino antes bien de un largo y penoso trabajo de organización proletaria en el terreno económico político, de la regeneración física y moral de la clase obrera y de la conquista gradual de las municipalidades y de las asambleas legislativas.

En materia de táctica, la Internacional deja libres las manos a sus secciones; por lo tanto, la entrada de los socialistas en un gobierno burgués sólo es un expediente «forzado, transitorio y excepcional». Igual ambigüedad en lo tocante a la cuestión de las alianzas:

La lucha de clases prohíbe toda especie de alianza con cualquier fracción de la clase capitalista, aunque se admite

que en circunstancias excepcionales pueden ser necesarias las coaliciones en algunas partes (desde luego sin confusión de programa y de táctica).

4. El Congreso de Ámsterdam (14-20 de agosto de 1904)

La sutil resolución de Kautsky no ponía fin a la lucha entre las tendencias. En 1903 el Partido Socialdemócrata alemán, reunido en Congreso en Dresde, termina sus sesiones con la derrota de los partidarios de Bernstein y vota una resolución cuyo texto es presentado el año siguiente en el Congreso Internacional de Ámsterdam. Tras largas deliberaciones animadas por Jaurés, hostil a cuanto contribuyera a ligar mediante fórmulas de táctica estrecha la acción necesariamente diversificada del proletariado universal, la resolución de Dresde es aprobada por mayoría de votos:

El Congreso condena enérgicamente las tendencias revisionistas encaminadas a cambiar nuestra táctica victoriosa, que se basa en la lucha de clases.

Otra resolución sobre la «huelga general» parece consumir la derrota del revisionismo. Algunos meses después, la primera revolución rusa justificaba y acentuaba más aún esta radicalización del movimiento obrero.

5. La revolución rusa de 1905

Marx y Engels ya habían subrayado que la caída del zarismo liquidaría el baluarte de la contrarrevolución en Europa. La II Internacional también había fustigado la autocracia rusa. A su vez, tras el «Domingo Rojo», el BSI apela a la opinión mundial.

El movimiento revolucionario ruso impregnó de exalta-

ción las huelgas reivindicativas que se desarrollaron a la sazón en Occidente. Con su preconización de formas nuevas de combate —huelgas generales políticas y soviets— demostró la necesidad de una estrategia revolucionaria y una táctica exclusivamente fundadas en la lucha de clases. Pero las debilidades y la derrota final de la revolución, junto con el descorazonamiento que se infiltró en las filas de los socialistas rusos, hicieron inclinar el fiel de la balanza en favor de los moderados. El reformismo, hasta entonces a la defensiva, vuelve al ataque, esta vez sin un brillo doctrinal excesivo.

II. La lucha de las tendencias

Desde 1900, la lucha entre las tendencias ha constituido la trama de los debates de la Internacional: los términos *izquierda* y *derecha* se emplean ya oficialmente.

Al principio, pudo creerse que sólo se trataba de una controversia sobre los medios de llegar a un objetivo común. De hecho, las discusiones sobre los problemas tácticos revelaban la naturaleza de las divergencias que separaban a los reformistas, los ortodoxos, los radicales y los sindicalistas revolucionarios acerca de la significación de la reivindicación proletaria del socialismo.

1. Partidos y sindicatos

En Stuttgart (18-24 de agosto de 1907), en donde la cristalización de las tendencias se traduce por una acrecentada dificultad en la prosecución del diálogo, la incompatibilidad de las cuestiones de fondo se manifiesta, sobre todo, a propósito de dos de las cuestiones centrales inscritas en el orden del

día.

Es ante todo la antigua cuestión de las relaciones entre partidos y sindicatos la que resurge, pero su significación ha cambiado. En el siglo XIX, se trataba sobre todo de introducir el socialismo en el movimiento obrero profesionalmente organizado. Ahora se trata de precisar la naturaleza de las relaciones entre dos instituciones, cada una con su implantación, su estructura, su modo de alcanzar sus objetivos. Por lo tanto se oponen dos tesis esenciales: la primera pretende mantener la autonomía completa de los sindicatos respecto de los partidos; la segunda, colocar los sindicatos bajo la dirección política de los partidos. La resolución con la que el Congreso cierra el debate no es más que un compromiso verbal:

Los sindicatos sólo cumplirán con su deber en la lucha de emancipación de los obreros a condición de que sus actos se inspiren en un espíritu enteramente socialista. El Partido tiene el deber de ayudar a los sindicatos en su lucha por la elevación y la mejora de la condición social de los trabajadores.

2. La Internacional y la cuestión colonial

Sobre la cuestión colonial la oposición de las tesis en presencia fue al principio menos tajante. Este problema ya había figurado en el orden del día del Congreso internacional de 1900; por una parte, con motivo de la inquietud que suscitaban los primeros incidentes creados por las contradictorias ambiciones imperialistas, y por otra, por la urgencia de fijar la posición socialista con vistas a los debates parlamentarios. Pero a la sazón, el análisis socialista seguía reduciendo el fenómeno colonial al de la expansión del capitalismo. Correspondió a H. Van Kol reclamar en Stuttgart que la Europa

capitalista asumiera una verdadera misión civilizadora a fin de acelerar, mediante la colonización, la evolución de los países subdesarrollados. La mayoría rechazó esta tesis y se atuvo a un anticolonialismo de inspiración ética en la que prevalecía la lucha contra el racismo y la opresión. Pero con todo, la resolución adoptada por el Congreso mostró hasta qué punto, por ambos lados, sólo se tenía aún una comprensión muy parcial del fenómeno colonial y del papel que ulteriormente debía representar en la estrategia de la revolución proletaria: el Congreso se fija como tarea educar a los colonizados para hacerlos aptos a la independencia; trata primordialmente del colonialismo desde el ángulo de la defensa de la paz entre las grandes potencias europeas.

3. La lucha por la paz

Es este el punto nodal en el que el conflicto de tendencias adquiere sus verdaderas dimensiones.

Desde 1900, habiendo cesado de ser la guerra un problema teórico, tanto las deliberaciones de los congresos como la actividad del BSI vienen dominadas por la voluntad de lanzar las fuerzas del socialismo internacional en la lucha por preservar a la clase obrera de una guerra local o generalizada. Ahora bien, si el movimiento socialista veía en la guerra un fenómeno directamente derivado del capitalismo, no es menos cierto que discrepaba en la definición de los métodos de combate contra ella. Ante todo, mientras los PS alemán y austriaco seguían siendo escépticos en cuanto a la capacidad del proletariado de librar, en régimen capitalista, una lucha eficaz contra la guerra, por su parte, el PS francés, con Vaillant y Jaurés, estimaba que no había combate en el que las posibilidades de vencer fuesen más favorables, una vez de-

terminados y adoptados en común los medios de acción. Fue en tal estado de espíritu cuando en 1905, Vaillant, de acuerdo con Jaurés, sometió al BSI una proposición en la que se preveía que los partidos socialistas de todos los países «examinen las medidas generales a tomar: 1º por los partidos de los países afectados; y 2º conjuntamente por todo el partido socialista internacional, mediante una acción concertada, socialista, obrera e internacional, con objeto de prevenir e impedir toda guerra». Se trataba de movilizar a la Internacional «tan pronto como, secretos o públicos, los acontecimientos hicieran temer que un conflicto entre los gobiernos hiciese una guerra posible o probable».

En 1907, «la acción del proletariado contra la guerra» figuró de nuevo en el orden del día del Congreso Internacional de Stuttgart, provocando una apasionada controversia en la que reaparece el antagonismo de los socialismos francés y alemán y, por primera vez, se manifiesta también la radical oposición entre dos dialécticas: la que replica a la guerra con la paz y la que le responde con la revolución.

En el marco de la controversia que opone a los socialismos francés y alemán, Beber exige que se distinga entre guerra ofensiva y guerra defensiva, en tanto que V. Adler afirma que el socialismo internacional debe «dar al proletariado tal conciencia que la guerra se haga imposible, impidiéndola, mejor que detenerla cuando haya estallado».

Las prudentes opiniones de los delegados alemanes son combatidas por los oradores franceses, de los cuales el más virulento es Hervé, aunque los que gozan de más predicamento son Vaillant y Jaurés; este último renueva su profesión de fe en la eficacia de la acción pacífica obrera:

El proletariado quiere ser el actor de su propio drama. La

acción parlamentaria ya no basta en ningún terreno. Hay que apelar a los medios de acción que el genio obrero ha creado.

Franceses y alemanes se entendieron no obstante sobre la perspectiva general de una acción preventiva contra la guerra, al adoptar la famosa consigna de «Guerra a la guerra». El Congreso declara:

Ante la amenaza de una guerra, es un deber de la clase obrera en los países afectados, así como para sus representantes en los Parlamentos, junto con la ayuda del Buró Internacional, fuerza de acción y de coordinación, de realizar todos sus esfuerzos para impedir la guerra mediante los medios que le parezcan más apropiados y que, naturalmente, varían según la lucha de clases y la situación política general.

En el polo opuesto de este pacifismo esencial, la minoría de izquierda formula la alternativa revolucionaria. Rosa Luxemburg, Lenin y Martov presentan una importante enmienda —que fue adoptada— especificando que:

No obstante, en el caso de que estallara la guerra, tienen el deber de intervenir para hacerla cesar rápidamente, utilizando con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra a fin de llevar la agitación a las más profundas capas populares y precipitar la caída de la dominación capitalista.

Los medios quedaban por definir. De ello se trató en Copenhague, del 28 al 30 de septiembre de 1910, en un «congreso de trabajo práctico» que «llevó al zenit la II Internacional». El debate gira en torno a las cuestiones de arbitraje y de desarme. Keir-Hardie y Vaillant sugieren en una enmienda:

la huelga general obrera, sobre todo en las industrias que

suministran a la guerra sus instrumentos (armas, municiones, transportes, etcétera), así como la agitación y la acción populares en sus formas más activas.

Se decide debatir nuevamente dichas cuestiones en el transcurso de las sesiones que la Internacional debe celebrar en Viena en 1913; pero estas sesiones, primero aplazadas, son después suspendidas *sine die*.

Entretanto, el BSI se esfuerza en movilizar a la opinión internacional por medio de manifestaciones públicas concertadas con ocasión de crisis cada vez más frecuentes y graves que ponen en peligro la paz europea.

Cuando estalla la guerra balcánica, el BSI apela al recurso supremo: convoca con urgencia en Basilea, los 24-25 de noviembre de 1912, un congreso extraordinario, «armoniosa manifestación de la pujanza de la Internacional», en donde Jaurés pronuncia el más memorable de sus discursos:

Yo llamo a los vivientes para que se defiendan contra el monstruo que aparece por el horizonte; yo lloro por los muertos innumerables que yacen allá, hacia Oriente, cuya pestilencia llega hasta nosotros como un remordimiento; yo aniquilaré los rayos de la guerra que amenazan en las nubes.

Esta «acción concordante del proletariado mundial» quizá contribuyó al feliz desenlace de la crisis balcánica. Pero este éxito inspira a la Internacional la optimista conclusión de que el peligro de la guerra se aleja. Así, pues, cuando en julio de 1914 estalla la crisis, es acogida con sorpresa tanto por el movimiento socialista como por las demás corrientes de la opinión. El BSI no tarda en reunirse en Bruselas los 29-30 de julio, tomándose una sola decisión: la de convocar el Congreso Internacional en París para el día... 9 de agosto.

3 - El mundo socialista

El socialismo se ha modificado profundamente a partir del momento en que el desarrollo de los partidos obreros de masa, estructurados y jerarquizados, ha exigido direcciones estables y aparatos permanentes. Los personajes principales del movimiento son de ahora en adelante los parlamentarios y los publicistas, los funcionarios del aparato, los dirigentes de los sindicatos, los administradores de las cooperativas: ya en los inicios del siglo XX, se califica a los congresos anuales del PSD alemán de «congresos de funcionarios» (la sociedad de Socorros Mutuos, fundada por los funcionarios del Partido socialista y de los sindicatos alemanes, cuenta 433 adherentes en 1902, 1095 en 1905, 1871 en 1907 y 2474 en 1909).

1. Los dirigentes

La estabilidad de las direcciones, en particular la del PSD alemán, es por otra parte notable. R. Michels ha sacado de las listas de delegados de los tres Congresos (alemán, francés e italiano), celebrados en 1893, los nombres de los que en 1910 —diecisiete años después— se hallaban aún en la brecha: de los 200 delegados al Congreso del PSD alemán de Colonia, 60 (30 %) están aún presentes; de los 93 delegados al Congreso de París (del Partido Obrero francés), 12 (13 %); de los 311 delegados al Congreso italiano de Reggio Emilia, 102 (32 %). La vieja guardia —A. Bebel en Alemania, V. Adler en Austria, Guesde, Vaillant en Francia, Anseele en Bélgica, H. Branting en Suecia, C. Dobrogeanu-Gherea en Rumania, Turati en Italia, Pablo Iglesias en España, D. Blagoev en Bulgaria, G. Plejanov en Rusia —goza de predicamento hasta su

muerte. Lo que explica que en cada país el socialismo termina por identificarse con sus líderes; así como también que las «traiciones» —las de Briand, de John Burns— produzcan un hondo impacto.

Es asimismo significativo que la autoridad de los jefes esté menos ligada a las funciones que ocupan en el aparato de los partidos que a la cualidad y fecundidad de sus actividades doctrinales como propagandistas, publicistas y oradores parlamentarios. Así, la mayoría de los dirigentes, cualesquiera que sean las tendencias a que pertenecen, son intelectuales de origen burgués o pequeño burgués: tan sólo una minoría procede de los medios obreros, como Anseele; en cambio, la categoría de los pequeños y medios funcionarios permanentes está constituida por militantes procedentes del proletariado.

2. La composición de los partidos

Esta composición obrera del aparato se encuentra, de manera más acentuada aún, en la estructura social de los partidos, a pesar de la indiscutible presencia de una fuerte minoría de origen burgués y pequeño-burgués. La proporción de proletarios en todas las secciones del PSD alemán oscila entre 77,4 y 94 %. La estadística oficial del PS italiano, partido de un país eminentemente agrario, da 42,27 % de obreros de la industria.

Esta base obrera pone de manifiesto la estable porción de los efectivos de los partidos. En los países industriales, en efecto, se transmite una verdadera tradición socialista de padres a hijos. En cambio, las adhesiones de numerosos estudiantes son a menudo efímeras.

Pero, a principios del siglo XX, un brusco crecimiento de los efectivos socialistas plantea la cuestión de la importancia

y naturaleza de las modificaciones que las nuevas capas de la joven generación obrera aportan al funcionamiento y la orientación de los partidos: en 1912, la Internacional Obrera registraba 3.372.384 adherentes en todo el mundo; además, su influencia se ejercía sobre 7.315.000 cooperativistas, 10.838.000 sindicatos, once a doce millones de electores (1913) y los lectores de 200 grandes diarios.

3. Las contradicciones del socialismo de la época

Ahora bien, si la Internacional, en su apogeo, da al exterior una impresión de pujanza, ya está empero minada por sus contradicciones internas.

Dos rasgos caracterizan en efecto al socialismo de esta época: por una parte, la tendencia (tanto a nivel de las ideas y de la conciencia como a nivel de la práctica política) a la unidad y la universalidad del movimiento, a la internacionalización de sus objetivos, tendencia que encuentra a la vez su apoyo y su símbolo en la Internacional; por otra parte, la tendencia a la diversificación nacional por el hecho de que el socialismo se ha convertido en un organismo de práctica política: el jauresismo, el tradeunionismo inglés, el movimiento revolucionario ruso, el austro marxismo, el socialismo belga y escandinavo, son otras tantas concepciones socialistas originales. Estos dos rasgos hacen difícil la definición, a partir de principios generales aparentemente compartidos, de denominadores comunes a los Partidos diferentemente elaborados por los medios nacionales y acaparados por problemas particulares; difíciles también la coordinación y el control de la unidad de acción a la escala internacional; difícil asimismo conciliar el imperativo estratégico de la Internacional y la diversidad táctica de las situaciones nacionales.

Por añadidura, la importancia, el influjo y el nivel de experiencia de los partidos afiliados eran muy diversos: la socialdemocracia alemana fue «la gran potencia de la Internacional», así por el número de sus adherentes, su organización y su pujanza electoral como por el número y la notoriedad de sus teóricos, de entre los cuales el que gozaba de mayor predicamento, el director de la revista *Neue Zeit*, Kautsky, fue la expresión más cabal de la ortodoxia centrista.

4. La práctica reformista

Y si bien esta mayoría centrista mantiene un radicalismo verbal, en la práctica es el reformismo el que va ganando terreno: «Batido en los Congresos por la fuerza de la tradición, el reformismo gana la partida en la práctica» (Bernstein).

La evolución de la socialdemocracia alemana es en este sentido típica, tal como lo pone de manifiesto, a pesar del exceso oratorio, la virulenta crítica de Hervé:

Yo admiro vuestra ciencia, vuestra organización, a vuestros grandes militantes. Pero no sois más que una admirable máquina de votar y de cotizar. No tenéis ninguna concepción revolucionaria. Podéis ir muy lejos por las nubes del pensamiento, pero ante un gobierno, retrocedéis... Estáis todos aburguesados.

La génesis del reformismo se explica en efecto, ante todo, por la práctica de los partidos socialistas convertidos en partidos nacionales replegados en sí mismos, contaminados por la democracia representativa. Al luchar a menudo con la izquierda de la democracia burguesa para obtener reformas inmediatas, se integraron en el sistema, relegando a un último plano el programa socialista de conquista del poder. Así apa-

rece el oportunismo, del que Lenin decía que «es sacrificar los intereses vitales y a largo plazo del Partido a sus intereses temporales, efímeros, secundarios».

5. La pluralidad de tendencias: el ala revolucionaria

Contra el revisionismo y la práctica reformista del centro, se agrupa una corriente heterogénea que trata de fundar una práctica auténticamente revolucionaria a la vez sobre la fidelidad al marxismo y el análisis de los nuevos supuestos del capitalismo.

Esta izquierda revolucionaria, declarada o virtual, se manifiesta ante todo en el terreno doctrinal; en efecto, no podía pasar por la prueba de la práctica puesto que no logró conquistar un partido que representase una verdadera fuerza política en su ámbito nacional. Por otra parte, adoptó múltiples fisonomías, tanto la del radicalismo de subdesarrollo como la del obrerismo riguroso de los países industrializados.

La expresión más típica de la izquierda revolucionaria se situó, en el seno de la socialdemocracia alemana, en el grupo de Rosa Luxemburg, de Franz Mehring y de Parvus, cuyo órgano era la *Leipziger Zeitung*, y encontró gran audiencia en Holanda cerca de los tribunistas (Pannekoek, Wijnkoop, Gorter). En Francia, la izquierda socialista no pudo desarrollarse, bloqueada por el sindicalismo revolucionario de filiación proudhoniana y que se sitúa al margen del socialismo marxista. Por el contrario, en Bulgaria, los «estrechos» —Blagoev, G. Dimitrov, Kabaktchieff, Kolarov —se erigen en celosos guardianes de la ortodoxia marxista y, por lo mismo, se aproximan a los que van a asumir históricamente la tarea de llevar a la práctica la herencia de la izquierda revolucionaria: los bolcheviques. En general, la izquierda ejerce su influjo en

la Federación Juvenil, cuyos militantes más notorios, K. Liebknecht, H. Roland-Holst, Alpari, se hallarán entre los iniciadores de la Internacional Comunista.

6. Leninismo y luxemburguismo

La lucha contra la práctica reformista no basta para cimentar la unidad de la izquierda revolucionaria; numéricamente débil y geográficamente dispersa, se vio una vez más dividida en dos tendencias primordiales cuya formulación doctrinal es debida por una parte a Rosa Luxemburg y, por la otra, a Lenin.

Las posiciones de ambos teóricos divergen sobre tres puntos esenciales: la concepción del partido y sus relaciones con la clase; la cuestión de las alianzas en la estrategia revolucionaria; el problema nacional en sus relaciones con la revolución proletaria.

En el primer punto, Lenin, basándose en la experiencia de un partido constreñido a la clandestinidad o a la emigración, defiende la idea de un partido de tipo nuevo, vanguardia disciplinada compuesta por revolucionarios profesionales. Rosa Luxemburg, desde 1904, apoyándose en el elevado grado de conciencia del proletariado alemán, subraya por el contrario la espontaneidad creadora de la clase obrera.

En el segundo punto, Lenin, consciente del potencial revolucionario del campesinado en los países de estructura agraria, insiste en la necesidad de una alianza entre el proletariado y los campesinos bajo la hegemonía del primero, de donde se sigue su tesis sobre el paso de la revolución democrática burguesa a la revolución proletaria. Para Rosa Luxemburg, por el contrario, la sola fuerza revolucionaria hasta el final es el proletariado industrial, el único con el que hay que contar y,

por tanto, se trata de cortar radicalmente los lazos con todas las categorías de la pequeña burguesía.

En el tercer punto, Rosa Luxemburg entra en lucha con el PS polaco, sosteniendo que la creación de pequeños Estados nacionales, contraria a la evolución natural del capitalismo, constituía una utopía retrógrada, y que la reivindicación nacional sólo podía poner trabas al mantenimiento de la unión internacional del proletariado revolucionario. Lenin subraya que el movimiento de independencia nacional puede contribuir a la victoria de la revolución proletaria mundial.

Estas divergencias son tan profundas que hacen fracasar las tentativas de Lenin, en Stuttgart y en Copenhague, de constituir un grupo de izquierda en el ámbito internacional para, cuando menos, coordinar la lucha contra la integración reformista. A pesar de su colaboración episódica en Stuttgart, Lenin y Rosa Luxemburg se enfrentan, sobre todo cuando, en 1912, el BSI plantea la cuestión de la unificación de la socialdemocracia rusa.

7. Las escisiones

Hasta 1914 las diversas tendencias coexisten. El mito del internacionalismo proletario en las condiciones del mantenimiento de la paz entre las naciones gana la partida a todas las fuerzas centrífugas. Sin embargo, la orientación hacia la ruptura, llevada hasta la escisión en materia de organización, se esboza a escala nacional.

La naturaleza de la separación operada entre los partidarios de Lenin y los de Plejanov y Martov escapa primero a la Internacional, pero las diferentes fases de la querrela posterior entre bolcheviques y mencheviques —hasta la Conferencia de Praga (1912) que puso fin a la existencia de un solo

POSDR— permiten sondear la profundidad del conflicto: contra Lenin, una conferencia de todos los grupos, conocida por el nombre de «Bloque de agosto», tuvo por portavoz a Trotski.

La escisión rusa de 1903 fue acompañada el mismo año por la escisión búlgara entre «estrechos» y «anchos»: en 1909 se produjo la escisión holandesa.

En suma, mientras las tendencias unificadoras predominan hasta el 1905, año en que, sometiéndose a la resolución sobre la unidad tomada el año precedente en Ámsterdam, los grupos socialistas franceses se unifican en un solo partido, las tendencias a la disociación se acentúan a partir de 1907 y fuerzan al BSI a multiplicar sus buenos oficios entre las fracciones rivales. Exhortaciones, conferencias de unificación (en julio de 1914, se reúne la Conferencia de Unificación de la Socialdemocracia rusa), nada puede impedir que la Internacional se vea irremediabilmente dividida.

Tercera parte

Bajo el signo de la guerra y de la revolución rusa (1914-1943)

1 - La estrategia de la revolución proletaria mundial (1914-1920)

Resulta tentador el distinguir, en la historia internacional del socialismo después de 1914, en primer lugar un período leniniano en cuyo transcurso Lenin y su partido bolchevique, contra todas las demás variedades del socialismo, concibieron y aplicaron con éxito una estrategia que hizo triunfar la revolución proletaria en la sexta parte del globo; en segundo lugar, un período estaliniano en el que esta revolución proletaria se repliega sobre sí misma para construir un mundo cuyo balance está aún por establecer.

Pero esta periodización presenta un doble defecto. Por una parte no da cuenta del movimiento real de flujo y reflujo de las fuerzas revolucionarias a escala mundial: el reflujo no ha comenzado con la instauración del poder estaliniano en 1924-1925, sino desde 1920-1921, cuando Lenin, empuñando aún el timón, debe imaginar relevos y plazos en la espera de una nueva ola revolucionaria. Por otra parte, este tipo de periodización introduce un corte radical en la obra de los dos jefes sucesivos de la República soviética. Y esto porque si la personalidad de Stalin tiene rasgos específicos que le distinguen desventajosamente de la de Lenin, la política estaliniana, su estrategia y su táctica mundiales constituyen, si no la sola, al menos una versión de la línea leninista.

Por eso nos parece que el análisis histórico reflejaría mejor el período que se extiende de 1914 a 1943 distinguiendo tres fases: una fase ofensiva revolucionaria (1914-1920), una fase defensiva (1921-1934), y una nueva ofensiva (1934-1943).

I. Patria o revolución (1914-1917)

1. El cambio de la política obrera y socialista en julio de 1914

El 2 de agosto, la guerra estalla con el silencio de la Internacional.

Es cierto que, en una primera fase, los Partidos socialistas habían emprendido una campaña conforme a la experiencia de los años 1911-1912; pero cuando la guerra, a pesar de todo, estalla, los socialistas de Alemania y los de Francia votan los créditos militares. Es más: el 4 de agosto el POB autoriza a su jefe, E. Vandervelde, a participar en el gobierno real. El 28 de agosto, Guesde y Sembat entran en un gabinete de Unión Sagrada.

Esta aprobación por cada Partido socialista de los objetivos de guerra, proclamados por su propio gobierno, suscitó una viva polémica. Lenin anatematizó a las dos categorías de culpables: el «puñado de líderes» pasto del oportunismo desde comienzos de siglo y «la aristocracia obrera» corrompida por las ventajas que la clase dominante les garantizara a expensas de los demás trabajadores. Rosa Luxemburg asoció «la traición de los jefes» a la «falta de capacidad de las clases proletarias en la lucha contra el imperialismo». En realidad, parece ser que la guerra se abatió sobre los unos y los otros como un cataclismo que los dejó igualmente estupefactos.

La polémica sobre la identidad de los hombres o de los grupos responsables de la adhesión socialista a la guerra conduce a la polémica sobre los móviles y los motivos que favorecieron dicha adhesión. Ciertamente, el programa elaborado por la Internacional iba encaminado sobre todo a prevenir la guerra. Así, cada partido socialista que, efectivamente, se

puso en movimiento desde que la crisis abierta por el atentado de Sarajevo tomó caracteres amenazadores, podía considerarse libre de toda responsabilidad, puesto que, a pesar de sus esfuerzos, no había podido impedirse el conflicto. Y sobre todo porque los congresos de la Internacional habían previsto que debía estallar una guerra imperialista provocada por las ambiciones contradictorias de las grandes potencias. Ahora bien, aconteció que la guerra tomó para cada nación beligerante el aspecto de una guerra defensiva, de una «guerra justa», según la terminología socialista.

Cabe preguntarse si la Internacional, inspirándose en los análisis de Marx, fundados, pero parciales, sobre las relaciones de la guerra y el capitalismo, no se exponía al mentís que la historia le infligió. Porque la guerra, tal como se produjo, no confirmó esta identificación por la cual la relación guerra-nación se hallaba cortocircuitada. Lenin denunció la quiebra de la Internacional: ¿no sería también la primacía de las solidaridades de clase sobre las solidaridades nacionales? Y de una manera general, ¿no fue la ideología de la II Internacional la que resultó resquebrajada?

2. Zimmerwald-Kienthal (1915-1916)

Verano y otoño de 1914: los partidos obreros, trastornados por la incorporación de los militantes a los respectivos ejércitos, hacen frente a los problemas creados por la conversión de la economía de paz en economía de guerra. Pero les es menester después ocuparse de que su participación en la política de unión sagrada adquiriera una dimensión internacional concorde con las tradiciones proletarias y las justificaciones obreras: de aquí la institución, por parte de los aliados, de encuentros socialistas interaliados —el primero se efectuó en Londres, en febrero de 1915— a los cuales respondieron en-

cuentros similares por parte de los Imperios centrales; de aquí la elaboración de una política que confiere a la acción obrera cierta autonomía: aunque consideran que «de allí en adelante el progreso social pasa por la defensa de su patria», los socialistas subrayan especialmente la defensa de lo que resta de libertades públicas y los sindicalistas la de los derechos obreros, defensa tanto más fácil cuanto que las industrias de guerra necesitan una mano de obra que absorbe el ejército de reserva del trabajo.

Con todo, una corriente harto débil al principio no tarda en reunir en todos los países, beligerantes o no, a hombres y grupos a quienes la impotencia de la Internacional no había convencido de la vacuidad del internacionalismo.

Fueron testimonio de ello:

En Rusia, la negativa de la socialdemocracia (mencheviques incluidos) a votar los créditos de guerra y la condena por los tribunales de Petersburgo de los cinco diputados bolcheviques de la Duma.

En Gran Bretaña, el manifiesto contra la guerra del Independent Labour Party y la fundación en noviembre de 1914 de la Union of Democratic Control.

En Francia, las resoluciones presentadas en el Comité confederal de la CGT en noviembre de 1914 por Monatte, en nombre de la Federación del Metal (resoluciones de carácter modesto y circunstancial, pero sugestivas: ponían de relieve que el retorno de la paz podía ser acelerado por una intervención de la clase obrera organizada); después, en mayo de 1915, la cristalización, en torno a la Federación de la Haute-Vienne y bajo la dirección de Jean Longuet, de una «minoría socialista».

En Alemania, la constitución, en la primavera de 1915, de

un grupo de oposición internacionalista en torno a Clara Zetkin, Rosa Luxemburg y Franz Mehring.

Así aflora la idea de que el socialismo, por el hecho de su presencia mundial, podría ofrecer sus buenos oficios para la abertura de una negociación entre los beligerantes. Para ello, es menester que el socialismo se sitúe de nuevo en el plano internacional: así, tras haber intentado en vano obtener del BSI que hiciese oír la voz del socialismo internacional, el Comité ejecutivo del PS italiano decide, de acuerdo con el del Partido suizo, provocar una confrontación internacional.

La Conferencia de Zimmerwald —del nombre de la localidad del Oberland bernés en donde se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915—, primera manifestación *colectiva* de una corriente *internacional* contra la guerra, reunió 38 socialistas de 11 países, desigualmente representativos, por otra parte, desde el triple punto de vista de su lugar en su partido, del lugar de su partido en su país, del lugar de su país en la guerra. Pero la presencia simultánea de franceses y alemanes, a pesar del predominio de los neutrales y de los refugiados políticos (entre los cuales el líder menchevique Martov, Trotski y Lenin), bastó para que aquella reunión tomara toda su significación: la de rehusar una estrategia obrera que subordinaba las perspectivas de la revolución social a la victoria de un bloque de naciones sobre el otro.

Esta determinación común no podía, sin embargo, disimular que el zimmerwaldismo recubría dos estrategias que, aunque internacionalistas, eran empero antagónicas. La primera —la de la mayoría zimmerwaldista— apuntaba a que la reanudación de sus relaciones internacionales pusiera el movimiento socialista en situación de representar un papel de mediador cuyo éxito debilitaría al imperialismo. Esta estrategia

tenía la ventaja de no plantear la cuestión de la defensa nacional: el presionar a *todos* los pueblos a que exigieran conjuntamente la paz forzaría a *todos* los gobiernos a negociar. La segunda estrategia, la de la «izquierda zimmerwaldiana», se basaba en la idea de que el proletariado lograría más fácilmente desencadenar una revolución, fruto de una lucha de clases a escala nacional, que imponer la paz que, desde el punto de vista marxista, constituye el fruto de una lucha de clases a escala internacional. Esta perspectiva de replicar a la guerra imperialista con una revolución, concebida como una empresa mundial, aunque pudiese comenzar en un solo país, explica la consigna central lanzada por Lenin: transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Así, aunque sólo fuese por razones tácticas, el grupo de Lenin aprobó el ambiguo manifiesto adoptado por la conferencia: al designar un centro permanente de enlace, denominado Comisión Socialista Internacional (CSI), cuyo presidente era R. Grimm y la secretaria A. Balabanova, la derecha zimmerwaldiana propugnaba apresurar la convocatoria del BSI, mientras que la izquierda se proponía reemplazarlo; la primera quería la paz, la segunda, una revolución cuya preparación exigía que los internacionalistas, separándose de los socialpatriotas, se agrupasen en una III Internacional.

Esta dualidad estratégica de Zimmerwald se mantuvo en la segunda conferencia que se celebró en Kienthal, en abril de 1916.

I. La Internacional ante la alternativa de paz o de revolución proletaria (1917-1918)

La estrategia de la mayoría zimmerwaldiana parecía ser al principio acertada en el transcurso de la primera mitad de 1917.

La guerra dura a la sazón dos años e incluso en la burguesía se desarrolla una corriente en favor de la firma de una paz sin vencedores ni vencidos. En diciembre de 1916, la nota del presidente Wilson abre la eventualidad de una mediación norteamericana. En Rusia, el régimen zarista es derrocado en febrero de 1917 por la coalición de cuantos estiman que dicho régimen es incapaz de restablecer la paz, bien por una victoria militar, bien por un compromiso.

1. El proyecto de conferencia socialista internacional en Estocolmo

En esta situación toma cuerpo el proyecto de convocar en Estocolmo una conferencia socialista internacional destinada a precisar las bases sobre las que el socialismo sugeriría una negociación general.

El proyecto aborta finalmente ante la oposición de la derecha «patriota» (con Plejanov y Guesde), la cual sospecha que la conferencia no es más que una maquinación alemana, y la de la izquierda leninista, que, a su vez, sospecha que sólo se trata de una maquinación de los aliados. En realidad, el proyecto se malogró porque venía demasiado tarde: en el verano de 1917, la llegada de refuerzos norteamericanos daba a los aliados la certeza de la victoria final. El momento de la negociación había pasado.

2. La revolución de octubre

El fracaso del proyecto de Estocolmo sonaba en Occidente

como el fúnebre doblar de las campanas de toda tentativa sería por resolver el conflicto europeo de otro modo que por la victoria de un imperialismo sobre el otro. Pero, en Rusia, tal solución era imposible, por el hecho de que el socialismo no podía pasar a la oposición: al quedar excluida la paz negociada, la paz por la victoria del grupo francoinglés sobre el grupo germánico no era un objetivo propio a desplegar las energías revolucionarias rusas. Quedaba el derrotismo leninista —la paz por la revolución—, cuya estrategia se impuso al ser descartada la de la revolución por la paz. Fue así como llegó octubre.

3. La paz de Brest-Litovsk (marzo de 1918)

En lo inmediato, la negativa de los aliados de suscribir un acuerdo amistoso, sobre todo con el patronazgo bolchevique, no deja a los maximalistas más que la salida de una paz separada con Alemania, paz de capitulación que tiene al menos la ventaja de preservar de una dislocación completa lo que resta del Imperio ruso.

Sin embargo, los bolcheviques sólo muy provisionalmente se replegaban sobre la defensa de la experiencia revolucionaria propiamente rusa: al mismo tiempo se esforzaron por crear núcleos revolucionarios entre los no rusos, prisioneros de guerra y trabajadores de todas las nacionalidades a los que pudieran dirigirse.

III. Revolución proletaria mundial a corto plazo (1918-20)

Sólo tras de tumultuosas deliberaciones el Comité central bolchevique admitió la oportunidad de ratificar el *diktat* de los Imperios centrales, y ello debido a la incertidumbre en

que se encontraba en lo tocante a la revolución alemana:

Únicamente la perseverante inmovilidad de cadáver que ha observado el proletariado alemán ha constreñido a la revolución rusa a concluir una paz con el imperialismo germánico como el solo poder que reinaba en Alemania (Rosa Luxemburg).

Sin embargo, a nadie le cabía la menor duda de que esta revolución debía estallar, pero «la medida de la política revolucionaria es larga, en tanto que la medida de la guerra es corta» (Trotsky). ¿Larga? Unos cuantos meses: desde el verano de 1918, tras el fracaso de la última ofensiva cuyo resultado decisivo estuvo a punto de lograrse con la intervención de París, gracias al refuerzo de tropas trasladadas del frente oriental, comenzaba la disgregación revolucionaria de los países en trance de ser vencidos.

Tras el hundimiento de las estructuras institucionales de la Alemania imperial, estalla la revolución: el 10 de noviembre, la República alemana, bajo la presidencia de Ebert, pasa a manos de un Comité provisional de comisarios del pueblo pertenecientes a los dos partidos socialdemócratas (*Mayoritario e Independiente*). Pero al fijarse como objetivo una renovación democrática y liberal de Alemania, estos entran en conflicto con el ala izquierda del Partido Independiente, los espartaquistas, agrupados en torno a Liebknecht y Rosa Luxemburg, para quienes la coyuntura es propicia a una revolución de carácter socialista siguiendo la huella de octubre.

Cuatro años de guerra han minado el equilibrio de los países vencedores. A pesar del electo sedante de la victoria, se comprueba en ellos la subida de la venta de la prensa obrera, el incremento de los electivos sindicales y socialistas, el despertar de una agitación ligada a las inquietudes que en mate-

ria de paro y de salarios determinan la reconversión de la economía de guerra en economía de paz y el retorno en masa a la producción de los soldados y prisioneros.

Los países neutrales también se ven afectados (huelga general en Suiza en noviembre de 1918), e incluso los no europeos en los que como obreros o soldados millones de hombres han tomado conciencia de las realidades políticas y económicas de Occidente: en Siria, en Egipto, en la India y muy pronto en China, el dominio europeo se ve amenazado.

En esta coyuntura de crisis general, el problema primordial para el movimiento socialista estriba en impedir que los gobiernos aliados no restablezcan un nuevo equilibrio europeo en su propio provecho.

Pero falta por hallar una manera única de concebir la solución más concorde con los intereses del proletariado, pues en realidad se han elaborado paralelamente cuatro tipos de soluciones, todas informadas por los intereses obreros.

1. La Internacional Sindical de Ámsterdam

El primer tipo fue propuesto por el sindicalismo. En julio de 1919, en efecto, 91 delegados representando a 17 740 000 trabajadores sindicalmente organizados en catorce países, se reunieron para establecer las bases de una Internacional Sindical renovada, conocida muy pronto por el nombre de la ciudad en la que al principio fijó su sede: Ámsterdam. Dichos delegados proclaman que la experiencia de las modificaciones introducidas por la guerra en las estructuras económicas y sociales del capitalismo conduce a reivindicar tanto una extensión de la parte obrera en el reparto de los bienes de producción como una extensión de su participación en el dominio de los mecanismos de la sociedad industrial. En conse-

cuencia elaboran un vasto programa de reformas que debía efectivamente dirigir la evolución de la situación obrera en la Europa occidental en el transcurso de los decenios ulteriores y que, en lo inmediato, aseguró una audiencia indubitable a la Internacional Sindical, puesto que entre las centrales adheridas en 1919 figuran:

Comisión Sindical de Bélgica	450.000	miembros
Comisión General de los Sindicatos de Alemania	5.400.000	miembros
Trade-Unions británicas	4.755.000	miembros
American Federation of Labour	3.600.000	miembros

Pero dicho programa sólo se dirigía a la clase obrera de los países más industrializados. De espíritu prudhoniano, no respondía a las aspiraciones obreras propiamente políticas, y por esto fue combatido a la par por el socialismo occidental y el bolchevismo.

2. La reconstitución de la II Internacional Obrera

Un segundo tipo de solución lo sugería el socialismo, modelo de anteguerra.

La Internacional Obrera, de la que se había demostrado que no estaba hecha para tiempos de guerra, podía, ahora que la paz estaba restablecida, pensar en reconstituirse.

La primera Conferencia se celebró en Berna en febrero de 1919, y fue un semifracaso. En primer lugar, por su composición: varias delegaciones —acudieron de 26 países, con un total de 97 personas— llegaron escindidas en dos ramas; por

otra parte, los bolcheviques, imitados por los PS suizo, italiano, servio y rumano, declinaron su participación. En segundo lugar, por su desarrollo. Dos temas dominan los debates: uno sobre las responsabilidades de los PS en la guerra, el otro, sobre la actitud a adoptar respecto al bolchevismo. El primero dio lugar a controversias tan apasionadas —la mayoría de los delegados alemanes se negaban a reconocer que el imperia- lismo alemán había contraído mayores responsabilidades que los imperialismos aliados— que ni siquiera se intentó abordar el segundo tema, sobre el cual la conferencia se hallaba divi- dida al principio: la derecha reclamaba una condena explícita del nuevo régimen ruso, la izquierda se pronunciaba contra «toda clase de vilipendios a la República de los Soviets».

Los trabajos que no fueron llevados a buen término en Berna tampoco lo serían en la Conferencia de Lucerna, en agosto de 1919, y el Congreso General convocado en Ginebra en febrero de 1920 tuvo que ser aplazado hasta el mes de julio siguiente.

Aunque seguía siendo el símbolo de la unidad proletaria internacional, pues contaba aún 47 partidos u organizaciones obreras afiliadas de 31 países, entre los cuales:

Partido Laborista inglés	4.000.000	miembros
Partido Socialdemócrata de Alemania	1.000.000	miembros
Partido Obrero Belga	500.000	miembros

La Internacional Obrera topaba en sus esfuerzos de reconstrucción con su incapacidad de apreciar las virtualidades revolucionarias de la posguerra mucho más aun que no había apreciado las de la guerra: el centro de gravedad de la Internacional se desplazaba, pues, en el orden político hacia la derecha (mientras que las tendencias y corrientes de izquierda tendían a salir de ella) y en sus dimensiones geográficas hacia el oeste, de Berlín a Londres, lejos de aquella Europa oriental y central en la que rugía la revolución.

3. La II Internacional 1/2

La Internacional todavía no estaba «reconstituida» y ya perdía la baza principal de su unidad. En efecto, después de la conferencia de Ginebra dominada por la corriente «derechista» (británica) de la Internacional, la «izquierda» (los socialistas austriacos, los independientes alemanes y los longuetistas franceses) se reunió primero en Berna, en diciembre de 1920, y luego en Viena, en febrero de 1921, y fundó una Comunidad de Trabajo de los Partidos Socialistas, irónicamente apodada «Internacional II 1/2». Situada a medio camino de la «ingenua impaciencia de Moscú» y de la «escéptica falta de fe» de Ginebra, dicha Comunidad sólo se proponía ser un centro en el que se elaborara la plataforma de una Internacional única y unificada: alineada al radicalismo marxista de anteguerra, se afanaba en definir las ampliaciones doctrinales que imponía la situación de las clases en la posguerra europea.

4. La fundación de la III Internacional

Sólo el carácter internacional de la crisis abierta por la guerra justificaba para Lenin que el proceso revolucionario se

desencadenase en Rusia, en donde la revolución socialista era, sin duda, socialmente prematura y nacionalmente limitada.

La victoria de la revolución socialista es inimaginable en un solo país, ya que exige la colaboración más activa de por lo menos algunos países avanzados, entre los cuales no figura Rusia.

Pero los bolcheviques sólo podían imponer su versión estratégica de la lucha proletaria si el modelo experimentado en las condiciones específicas de Rusia se reconocía como de alcance internacional: en cambio, únicamente la creación de un estado mayor susceptible de conducir la lucha proletaria internacional podía dar un sentido, un destino y acaso un futuro a la revolución rusa.

Era menester, pues, que previamente, de acuerdo con la legalidad socialista, una conferencia internacional ratificase el decreto zimmerwaldiano sobre la descalificación de la II Internacional y diera después por aprobada la CSI zimmerwaldiana.

El 24 de enero de 1919, un mes después de que los bolcheviques rechazaran la proposición del Partido Laborista de celebrar una Conferencia Internacional Socialista en Lausana, lanzada públicamente en forma de un *Manifiesto a los obreros del universo*, fue convocada una Conferencia Internacional Comunista, a la que se invitaba a 39 partidos, grupos socialistas obreros y otras tendencias, alineados al «punto de vista de la dictadura del proletariado en forma del poder de los Soviets». La Conferencia fue inaugurada el 2 de marzo con 36 delegados con voz y voto y una quincena sin voto. La significación de esta cifra, a pesar de su poca monta, todavía sigue en tela de juicio: deducidos los ocho rusos, quedaban algunos extranjeros, de los cuales muchos emigrados políti-

cos residentes en Rusia y miembros del PCR.

A esta asamblea no acudió ningún representante de las grandes organizaciones socialistas de la Europa occidental, excepto Albert (Eberlein), portavoz de los espartaquistas alemanes y al que Rosa Luxemburg, antes de su trágica muerte, había explícitamente encargado de oponerse, por inoportuna, a la creación inmediata de una III Internacional en la que el peso de la experiencia rusa sería forzosamente excesivo.

Tras el informe de Balabanova, los delegados presentes, que habían participado en las conferencias de Zimmerwald-Kienthal, declararon que «consideraban disuelto el grupo de Zimmerwald». Después, el 4 de marzo, a propuesta de Rakovski, Grüber, Grimlund, Roudnianski, en la que afirman la necesidad de una «organización común, unificada e internacional» en la que «los elementos revolucionarios proletarios serían separados de los elementos social traidores», «la Conferencia Comunista Internacional decide constituirse en III Internacional y adoptar la denominación de Internacional Comunista», por unanimidad y con la sola excepción del delegado alemán.

Así, Lenin forzaba el acontecimiento mediante una acción que no respetaba la letra —la oposición de una fracción mayoritaria del socialismo internacional—, que menospreciaba ciertas precauciones —la representatividad de los delegados—, pero que respondía a lo esencial: la explotación del potencial revolucionario de la crisis europea. Y los acontecimientos daban la razón a Lenin: en marzo surgía la República soviética de Hungría, en abril la República soviética de Baviera, el 4 de mayo el *Movimiento del 4 de mayo* en China. Al llamamiento del primer Congreso, los PC se multiplicaron.

5. Las incertidumbres de la coyuntura del año 1920

Con todo, dos series de hechos amenazaban en el transcurso del primer trimestre del año siguiente poner en tela de juicio la perspectiva de una revolución mundial a corto plazo.

En primer lugar, la consolidación definitiva del poder soviético: durante el invierno de 1920, el Ejército rojo pone fin a las esperanzas de los intervencionistas tanto del interior como del exterior. Para la Rusia soviética, estos resultados positivos contribuyen a que se establezca entre el mundo capitalista y el sector socialista una situación de hecho que desemboca en el cese de la ofensiva revolucionaria en las posiciones ya adquiridas.

En segundo lugar, los retrocesos en Europa: en Hungría, tras el derrocamiento de la República de los Consejos, que sucumbe, al cabo de 133 días, al asalto conjunto de los ejércitos contrarrevolucionarios húngaros, rumanos y checos, Horthy instaura una dictadura militar, en enero de 1920. Pero sobre todo, en Alemania, el *putsch* de Kapp, su fracaso (17 de marzo) y la acción del gobierno Ebert contra la dictadura de los Consejos que había sido proclamada en la cuenca del Ruhr ponen de manifiesto una vez más que la no conjunción de los objetivos burgueses y de los objetivos proletarios hacía aleatoria la aplicación del proceso revolucionario ruso a la situación alemana.

De estas dos series de acontecimientos, una creaba una situación favorable para la revolución propiamente rusa y la otra, una situación adversa para la extensión de dicha revolución en Europa: en esta perspectiva hay que interpretar la obra de Lenin *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, redactada en abril-mayo de 1920. Lenin, al tratar

de los puntos de táctica, en especial del problema de las alianzas revolucionarias a nivel de las clases, de las masas (partido y sindicatos), del aparato del Estado (partido y Parlamento), se refiere a una concepción estratégica en la que, siendo la revolución el objetivo final, para alcanzarlo es menester, sin embargo, admitir plazos.

Y bruscamente, a fines de 1920, la coyuntura cambia de dirección.

Hacia ya dieciocho meses que la diferencia polaco-rusa se había producido: de enero a diciembre de 1919 había evolucionado en grado menor; de diciembre de 1919 a marzo de 1920, se abrieron negociaciones que fueron rotas por los polacos: en marzo, el ejército polaco penetra en Kiev; pero en junio-julio de 1920, la contraofensiva rusa lo rechaza hasta casi los muros de Varsovia. Entonces, la guerra, estrictamente defensiva por el lado soviético, se transforma en guerra revolucionaria.

6. El II Congreso de la IC y las 21 condiciones de adhesión

En pleno avance del Ejército rojo por el corazón de Polonia, el II Congreso de la IC se celebra desde el 9 de julio al 7 de agosto de 1920. Esta situación modifica la primitiva orientación de ésta; ya no se trata de encontrar acomodos con el oportunismo. De aquí la multiplicación de las condiciones impuestas a los partidos socialistas con mayoría centrista para su adhesión a la IC: de 9 al principio, su número pasa a 18 y después a 21.

Helas aquí resumidas:

1) La propaganda y la agitación cotidiana deben tener un carácter comunista (sigue una explicación precisando que deben apuntar a la vez a la burguesía y al reformismo);

- 2) Depuración de los cargos de responsabilidad en el movimiento obrero, en el que los reformistas, incluso si son militantes experimentados, deben ser reemplazados por comunistas, incluso procedentes de la base;
- 3) La acción legal debe combinarse por todas partes con la acción ilegal;
- 4) Propaganda de las ideas comunistas en el ejército;
- 5) Propaganda y agitación en el campo por los obreros comunistas;
- 6) Denunciar a la vez el socialpatriotismo y el socialpacifismo (partidario del arbitraje internacional, de la reducción de armamentos, de la Liga de Naciones);
- 7) Ruptura completa y definitiva con los reformistas «acérrimos», tales como Turati, Kautsky, Hilferding, Hillquit, Longuet, Mac Donald, Modigliani y otros»;
- 8) Apoyo «no en palabras sino en hechos», a todo movimiento de emancipación en las colonias;
- 9) Formación de núcleos comunistas subordinados al conjunto del partido en los sindicatos;
- 10) Combatir a la Internacional Sindical «amarilla» de Ámsterdam;
- 11) Depurar la fracción parlamentaria;
- 12) Establecer la organización de los PC sobre la base de una «centralización democrática» mediante una «disciplina férrea rayana en la disciplina militar»;
- 13) Depuraciones periódicas de elementos pequeñoburgueses en los PC legales;
- 14) Apoyo incondicional a las Repúblicas soviéticas en su lucha contra la contrarrevolución;

- 15) Establecer un nuevo programa comunista adaptado a las condiciones especiales del país;
- 16) Reconocer el carácter obligatorio de las decisiones de la IC, «partido mundial único»;
- 17) Denominar los partidos «PC» en vez de «PS»;
- 18) Publicar en todos los órganos de prensa comunistas todos los documentos importantes que emanen del C.E. de la IC;
- 19) Convocar un Congreso dentro de los cuatro meses después del II Congreso de la IC para debatir las condiciones de admisión;
- 20) Elegir el nuevo C.C. teniendo en cuenta que las dos terceras partes de sus miembros deben haber sido anteriormente comunistas;
- 21) Excluir del Partido a cuantos rechacen las condiciones de adhesión.

El Ejército rojo se vio finalmente detenido en Varsovia, y allí se terminó la gran expansión revolucionaria después de la primera guerra mundial. Lo cual explica el carácter confuso y paradójico de la discusión sobre las veintiuna condiciones que, elaboradas en Moscú en el contexto de una estrategia ofensiva a corto plazo, fueron adoptadas en el Occidente en el contexto de una estrategia defensiva a más largo plazo: una estrategia cuya idea básica iba a ser que el socialismo podía construirse en el ámbito de un solo país.

2 - En espera de una nueva coyuntura revolucionaria (1921-1933)

I. Frente único (1921-1923)

El movimiento comunista no reconoció con facilidad que la derrota del Ejército rojo en Varsovia cerraba el primer ciclo de la ofensiva proletaria mundial.

En la propia Rusia, la situación económica se caracteriza por el hambre en el sentido literal y trágico del término; la situación política, por la discusión, en el VIII Congreso de los Soviets, acerca del lugar de los sindicatos profesionales en el sistema de la economía soviética, discusión que prosiguen en el X Congreso del PCR (marzo de 1921) los dos grupos de «la oposición obrera» y del «centralismo democrático». Esto conduce a la dirección bolchevique a tomar conciencia de la amplitud de un malestar que revela, por otra parte, la revuelta de Cronstadt: de aquí la pausa cuya formulación teórica y política adopta el X Congreso del PCR con la denominación de «nueva política económica» (NEP).

La victoria de la Rusia soviética sobre las fuerzas intervencionistas sigue siendo la adquisición esencial del período de las luchas ofensivas; en los demás países el proletariado no ha hecho más que sufrir derrotas: las de Alemania y Hungría en 1919, la de Alemania en marzo de 1920; en mayo del mismo año el fracaso de la huelga general de los ferroviarios en Francia; en septiembre el de las huelgas y ocupaciones de fábricas en Italia; en diciembre el de la huelga general en Checoslovaquia. Pero la derrota más significativa, en marzo de 1921, es la de la primera acción emprendida bajo la dirección exclusiva del Partido Comunista alemán (PCA) y con el apoyo directo de los delegados del presidente del Komintern (Bela Kun, G. Pogany, A. Guralisky). El 17 de marzo

de 1921, el C.C. del PCA decreta la huelga general, efectiva el 20, y que se transforma el 22 en Sajonia en una insurrección armada; y aunque lanza la totalidad de sus fuerzas en la batalla no puede neutralizar el contraataque gubernamental que reduce a su merced a los insurrectos (1 de abril).

1. El III Congreso de la IC

Las experiencias que se desprenden de estas derrotas se concretan, en el III Congreso reunido en Moscú (22 de junio-12 de julio de 1921), en la nueva consigna «Apoyo en las masas», reflejo de una toma de conciencia (parcial) de la nueva situación.

Pero habrá que esperar el primer pleno del Ejecutivo, el 18 de diciembre de 1921, para que las *Tesis sobre el frente único proletario* reconozcan que la coyuntura es adversa a la expansión de la revolución proletaria: «Hay que terminar con la idea del asalto para reemplazarla por la del asedio» (Lenin).

Ahora bien, el cambio de estrategia presupone también cambios en la táctica. En primer lugar, en lo relacionado con la estructura interna de los PC: el problema que se plantea ya no es el forjar grupos de élite sino el de disponer de instrumentos sin duda más pesados pero eficaces, gracias a la virtud del número. En segundo lugar, en lo que concierne a las relaciones de los PC con las otras corrientes de la socialdemocracia a escala internacional y nacional. En el período de la estrategia ofensiva, el llamamiento a la escisión tenía por objeto seleccionar, cualesquiera que fuesen sus puntos de partida teóricos o políticos, a los proletarios revolucionarios que se situaban en las posiciones del bolchevismo. La escisión no era más que un medio para lograr cierto tipo de partido. En cambio, en el período que se abre, lo que se subraya

son las tareas comunes a todo el proletariado para hacer frente, en lo inmediato, al peligro reaccionario: de aquí la idea del «frente único proletario» que conduce a descartar por inactuales las diferencias doctrinales sobre las vías de una revolución proletaria (cuyo plazo de vencimiento queda en todo caso demorado). Tal es el sentido del *Llamamiento*, formulado por el Ejecutivo de la IC el 1^o de enero de 1922 «a los proletarios de todos los países por la unidad del frente proletario» a fin de obtener «más pan y la paz».

A los jóvenes PC de Europa occidental formados en 1920-21 por el doloroso proceso de la escisión, se les invitaba a aproximarse a los socialistas de derecha y del centro: esta nueva táctica fue particularmente mal acogida en Francia por los ex reestructuradores que tuvieron que pasar por tantos antiguos compadrazgos para adherirse a las condiciones fijadas por la IC.

Así se explica que en la reunión del Pleno del Ejecutivo, del 21 de febrero al 4 de marzo de 1922, al cual asisten 105 delegados pertenecientes a 35 delegaciones, Zinoviev y Trotski, en ausencia de Lenin, ya enfermo, defiendan el punto de vista de la Internacional contra la oposición conjunta de una parte de la delegación francesa y de las delegaciones italiana y española.

2. La Conferencia de Berlín (2-5 abril de 1922)

No obstante, la Internacional extrae las nuevas conclusiones de su nueva táctica a escala internacional: esta vez acoge de buen grado la iniciativa de la Unión de Viena.

Por primera vez desde 1914 —y también última— se reunieron juntos los delegados (Vandervelde, Huysmans, Stau-ning, Mac Donald) de la II Internacional, los delegados (Ra-

dek, Bujarin, C. Zetkin, Frossard, Rosmer, Bordiga, Katayama, Smeral) de la III, y los delegados (Crispien, Dietmann, P. Faure, J. Longuet, F. Adler, O. Bauer, Martov, Grimm) de la II 1/2.

Pero la conferencia no tarda en convertirse en una requisitoria en la que la III Internacional representa el papel de acusado: los mandatarios de las otras dos Internacionales formulan a los delegados del Komintern «condiciones» para la prosecución de una acción común. Piden en especial «garantías contra las tácticas de penetración», el derecho de autodeterminación para los ucranianos, los armenios y los georgianos, la libertad de acción política para los Partidos socialistas no bolcheviques de Rusia (y el restablecimiento de los derechos de defensa para los presos políticos, en particular para los socialrevolucionarios cuyo proceso se instruye a la sazón en Moscú). No obstante, las tres delegaciones se ponen de acuerdo sobre una declaración que aunque rechazando por el momento la unificación orgánica retiene al menos la posibilidad «de deliberaciones en común, con vistas a acciones comunes, para objetivos concretos, de todas las tendencias representadas en la Conferencia»; por lo tanto, «los Ejecutivos dan su asentimiento a la constitución de un Comité de Organización compuesto por nueve miembros, con la misión de organizar la preparación de nuevas conferencias de los tres Ejecutivos».

A pesar de este resultado, el Ejecutivo ampliado de la IC considera la Conferencia de Berlín como un fracaso: los comunistas han hecho en ella concesiones sin contrapartida. Decide, pues, que los delegados del Komintern deben salir del *Comité de los nueve*.

3. El IV Congreso de la IC

El fracaso de la tentativa de Berlín y la resistencia de la derecha en el seno de los PC de la Europa occidental llevan, tanto al pleno del Ejecutivo en junio, como al IV Congreso mundial de la IC en diciembre de 1922, a precisar la significación de la táctica del frente único.

Por una parte la IC insiste en el fundamento de clase del «bloque obrero», que se opone al «bloque de las izquierdas» que condena a los comunistas al aislamiento. Por otra parte, la IC subraya el hecho de que la táctica del frente único no es una táctica de capitulación respecto a la democracia socialista: el Komintern, al rechazar de antemano toda conciliación doctrinal y excluir toda fusión orgánica en la que él no sobreviviría ni siquiera como ala izquierda autónoma del movimiento obrero internacional, trata de conquistar las masas obreras que se encuentran bajo el influjo reformista, y ello situando a la socialdemocracia ante la alternativa de combatir con los comunistas y bajo su dirección o ser denunciados como saboteadores de la unidad.

A pesar de estas precisiones, la IC no logra demostrar que su nueva política no equivale a un puro y simple viraje; en el PC francés, entre otros, esto determina la partida del grupo Frossard.

4. El Congreso de fundación de la Internacional Socialista

El fracaso de la Conferencia de Berlín iba en cambio a precipitar la unidad orgánica de las dos corrientes socialistas no bolcheviques: la «izquierda», que hasta entonces había conservado su autonomía para trabajar por un acercamiento entre la «derecha» y la IC, se ha convencido de la vacuidad de sus precauciones. En enero de 1923, los representantes de

la II Internacional y de la Unión de Viena, reunidos en Colonia, lanzan un *Manifiesto a los obreros socialistas de todos los países*. El Congreso de fundación de la Internacional Socialista —con F. Adler como secretario— se celebra en Hamburgo, en mayo de 1923. Así, la escisión a la cual el socialismo internacional escapara en el transcurso de la guerra, pero que se había consumado al fundarse la III Internacional, expresión institucional de la empresa de revolución mundial cuyo modelo y cuna era la Rusia soviética, quedaba terminada y pasaba a ser un supuesto estable y permanente del mundo obrero. De ahora en adelante socialismo y comunismo, lado a lado o enfrentados, proponen soluciones diferenciadas a los acontecimientos mundiales; diferenciadas por otra parte hasta cierto punto, ya que los dos partidos se inspiran en una fuente doctrinal común.

Esto se advierte ante todo en la cuestión importantísima de la actitud socialista respecto a la experiencia soviética. Bajo el influjo de los mencheviques rusos emigrados, la Internacional Socialista adopta en efecto una actitud crítica, aunque atemperada por el reconocimiento fundamental del carácter socialista de la empresa bolchevique: cabe ponerla de relieve por los documentos de sus Congresos, tanto de Marsella (1925) como de Bruselas (1928) y de Viena (1931).

La crítica se manifiesta sobre todo en tres puntos:

— sobre el régimen político interno de la República de los Soviets (el sistema de la dictadura terrorista es condenado por prolongarse más allá de las necesidades que el recurso previsto a la dictadura del proletariado admitía para el corto período precedente a la liquidación de la burguesía);

— sobre la requisitoria que la IC dirige incesantemente contra la socialdemocracia y que prolonga por la persecución

de los socialistas en Rusia, incluso con toda clase de iniciativas para socavar al exterior los partidos socialistas;

— sobre la teoría leninista de «la ineluctabilidad de las guerras imperialistas» (los socialistas, herederos del pacifismo bernsteiniano, no pueden resolverse a esperar de la guerra la realización de su ideal de liberación y de justicia sociales).

Pero en esta crítica articulada, la Internacional Socialista no quería olvidar «ni la comunidad de nuestros objetivos finales, ni la comunidad de nuestra base proletaria». Así, el Congreso de Hamburgo precisa que:

el deber de los obreros del mundo entero es combatir con todas sus fuerzas las tendencias de las potencias capitalistas a intervenir en los asuntos internos de Rusia o a provocar allí una nueva guerra civil, y preconiza, por el contrario, el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, en especial su admisión a la SDN. Entretanto, la Internacional Socialista no renunció jamás a la esperanza de una evolución democrática del régimen soviético:

El Gobierno, que detenta la propiedad de los medios de producción, se transformará de dueño del pueblo en órgano del pueblo trabajador (Bauer).

II. Bolchevización (1923-1924)

Constreñidos a la necesidad circunstancial de librar una lucha que, aun acechando la ocasión revolucionaria, no dejaba de plantear en lo inmediato objetivos limitados sino también conservadores, los bolcheviques buscaban el medio de situar a la masa obrera en una perspectiva revolucionaria fundada en el ejemplo ruso, sin crear la ilusión de que la «lucha

final» estaba próxima.

Los acontecimientos del año 1923 van a demorar durante algún tiempo la respuesta.

Primeramente se manifestó en Alemania con la vuelta a la agitación organizada conjuntamente por un Comité de acción francés (compuesto por representantes del PCF y de la CGTU) y por la Comisión de Consejos de fábricas de Renania y Westfalia (constituidos por iniciativa del PCA) contra la decisión del Gobierno francés de hacer penetrar de nuevo a sus tropas en el Ruhr para obligar a Alemania a pagar las reparaciones. Ahora bien, esta campaña, destinada a manifestar la unidad internacional del proletariado contra el sistema de Versalles, se sitúa en una Alemania en la que la crisis política y económica favorece la acción de los extremistas de derecha y de izquierda. A la derecha, en noviembre de 1923, se produce la primera tentativa hitleriana de toma del poder. A izquierda, en agosto, se hace un llamamiento a la huelga general, en septiembre se producen sangrientas batallas que oponen la policía a los huelguistas y parados, en octubre se constituye un ministerio compuesto por socialdemócratas de izquierda y de comunistas en Sajonia. Después estallan revueltas armadas en Renania, Berlín, Munich y Hamburgo de cuya ciudad se adueñan los obreros insurrectos el 23 de octubre; el gobierno Streseman envía dos cruceros contra los Soviets que se han proclamado en dicha ciudad el día 24.

En septiembre de 1923 se produce la insurrección en Bulgaria: tras haberse declarado neutrales en el combate entre el «gobierno campesino» de Stambuliski y el de Tsankov surgido del golpe de Estado militar del 8 al 9 de junio, los comunistas búlgaros apelan a la lucha contra el vencedor, el gobierno Tsankov, que ha desencadenado en todo el país un

salvaje terror blanco: la bandera roja ondea en una sesentena de municipios.

En Polonia, el 6 de noviembre de 1923, los obreros en huelga en Cracovia desarman a la policía y fraternizan con los ulanos enviados contra ellos.

Pero, en los tres países, el levantamiento dirigido por los comunistas es sofocado al cabo de unos cuantos días, pese a episodios aislados incapaces de arrancar la masa de obreros al influjo moderador de la socialdemocracia.

El fracaso de todas las tentativas de insurrección comunista en 1923, junto con la represión que se abate sobre ciertos PC europeos —el PC rumano fue prohibido, el PC italiano queda en difícil posición tras la marcha sobre Roma de los Camisas Negras en octubre de 1922 y la victoria legal del fascismo musoliniano (cuya profunda significación escapaba por otra parte al movimiento comunista, a pesar de los clarividentes análisis de Gramsci)— confirmaban en definitiva la oportunidad de la cuestión planteada en 1922.

Y ello porque la expulsión, intervenida después de los debates del IV Congreso, de los oponentes de orientación «derechista», confería en los PC de Europa occidental un mayor peso a las tendencias de izquierda: éstas habían luchado por la adopción de las tesis sobre el frente único, pero daban de ellas una interpretación global que ponía en entredicho su significación original. Lejos de ser una tentativa de aproximación —aunque sólo fuese provisional y limitada—entre todas las corrientes socialistas para la constitución de un frente común de resistencia proletaria a la contraofensiva burguesa, la táctica del frente único se convertía en sus manos en un arma, más sutil que la táctica anterior de escisión declarada y proclamada, pero cuya punta iba igualmente dirigida contra la

socialdemocracia.

Además, se hacía hincapié no tanto en la necesidad de conquistar al bolchevismo la masa obrera que continuaba aún en la órbita del reformismo como en la necesidad de preservar, en razón de los contactos disolventes que acarrea la práctica del frente único, la pureza de la doctrina y del aparato bolcheviques: de aquí la consigna de bolchevización y de depuración de los Partidos comunistas que lanzó el V Congreso mundial (junio-julio de 1924). El PCR había mostrado la vía: su X Congreso prohibió los grupos fraccionarios, decidió «la verificación y la depuración de las filas del Partido», acentuó las medidas represivas respecto a los SR y los mencheviques.

Así, la consigna «Apoyarse en las masas», que en el III Congreso de la IC iniciara el viraje hacia un tipo de partido más abierto, desembocaba en el V Congreso en una definición particularmente severa de la cualidad de miembro del partido.

La cosa se complicaba aún por el hecho de que el modelo —el Partido bolchevique— estaba en plena mudanza: tras la muerte de Lenin acaecida en enero de 1924, la lucha por la sucesión adquiría un agudo cariz. Stalin, Zinoviev y Kame-nev se habían aliado contra Trotski. Desde este momento el bolchevismo se identifica con la idea que se hacía de él el triunvirato: el mecanismo de depuración montado en nombre de la bolchevización de los partidos funcionó en cada país según modalidades concretas ligadas a las reacciones de la dirección nacional frente a las peripecias de la evolución del PC ruso. Por todo ello, bajo la misma rúbrica de bolchevización fueron eliminados tanto equipos llamados de derecha como llamados de izquierda, ya que su solo carácter común

era primeramente «el apoyo a la oposición trotskista» y después, cuando el triunvirato se dislocó (1925-1926) y Zinoviev se separó de Stalin, el apoyo «a la oposición trotskista-zinovievista».

Habida cuenta de las innumerables peripecias e interferencias, la depuración alcanzó, a la derecha, al grupo brandleriano del PC alemán, al grupo de las tres W —Warski, Walecki y Wera Kostrzewa— del PC polaco, al grupo de Bubnik del PC checo, a la fracción «oportunista y liquidadora de Tcheng Tou-su» del PC chino, a Suvarin (julio de 1924) y luego a Rosmer y Monatte (diciembre de 1924) del PC francés; a la izquierda, al grupo «anarcosindicalista» de Bordiga en Italia, a los grupos «ultraizquierdistas» de Maslow-R. Fischer en Alemania, Treins-S. Girault en Francia.

III. Anticolonialismo (1925-1927)

1. El Congreso de los pueblos del Oriente

Antes de 1914, los teóricos marxistas, incluido Lenin, no se habían ocupado en absoluto de los problemas específicos de los países coloniales, de tal modo parecía evidente que la revolución socialista debía partir de los países elevadamente industrializados del Occidente:

Tan sólo de Europa debe venir la señal revolucionaria que liberará a toda la humanidad (Rosa Luxemburg).

Pero la toma en consideración, en las cuentas de la primera guerra mundial, de los pueblos de Asia y África y después la práctica bolchevique respecto a las colonias del antiguo Imperio zarista concurren a dar en lo sucesivo a la «cuestión colonial» una significación distinta de la antigua «cuestión

nacional», con la cual se la venía confundiendo hasta entonces. En el II Congreso de la IC, la cuestión colonial es tratada en la 8.^a de las 21 condiciones de adhesión:

...Todo partido perteneciente a la III Internacional tiene el deber de mostrar despiadadamente las proezas de «sus» imperialistas en las colonias, de apoyar, no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli, de alimentar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales respecto a la población laboriosa de las colonias y de las nacionalidades oprimidas y de mantener entre las tropas de la metrópoli una agitación incesante contra toda opresión de los pueblos coloniales.

El objetivo quedaba, pues, fijado:

Crear una estrecha ligazón entre el proletariado comunista europeo y el movimiento revolucionario del campesinado en Oriente, en las colonias y en los países atrasados en general.

Inspirado en este espíritu, el II Congreso decide convocar para el otoño un Congreso de los pueblos del Oriente que se reúne en Bakú en presencia de 1 823 delegados, que representan, además de los territorios «rusos» del Asia Central, las asociaciones revolucionarias de Turquía, Persia, China y la India. Pero ya cabe preguntarse si, concebido para atestiguar la necesidad de unir el Occidente y el Oriente revolucionarios, no significa en realidad el relevo del uno por el otro. Bloqueado en el Oeste, ¿podrá el bolchevismo extenderse al Este?

No hay respuesta inmediata. La IC debe ante todo dedicar su energía a convencer de su deber a los PC de los países

colonizadores: cuando, en mayo de 1922, el C.E. de la IC lanza un *Llamamiento por la liberación de Argelia y de Túnez*, la sección de Sidi-bel-Abbes, no obstante haber sido una de las primeras en adherirse a la III Internacional, denuncia

el proyecto de levantamiento de la masa musulmana argelina como una locura peligrosa de la que las Federaciones argelinas del PC, que ante todo tienen el sentido marxista de las situaciones, no quieren hacerse responsables ante el juicio de la historia comunista.

En junio de 1924 Manuilski arremete de nuevo contra las reticencias del PCF, que vacila en proclamar públicamente el derecho de las colonias a la revuelta y a separarse de la metrópoli. A lo que finalmente se resuelve el Comité directivo del PCF: de aquí la campaña de agitación contra la guerra del Rif (1924-1925).

2. La catástrofe china

La IC tuvo seguidamente que elaborar, en función del principio de la unidad del movimiento revolucionario de las masas campesinas de Oriente y del movimiento revolucionario proletario de Europa, la táctica correspondiente para los países coloniales en lo que se refiere al frente único en Europa en el período de reflujo revolucionario.

Mientras que, en el período precedente, los bolcheviques habían recomendado a los movimientos de liberación de los obreros y los campesinos pobres en los países oprimidos conservar su independencia política y de organización respecto de los movimientos burgueses democráticos nacionalistas, la IC fuerza, en 1924, al joven PC chino a convertirse en el ala izquierda del Kuomintang, al prohibirle armar a los obreros,

así como crear soviets y empujar los campesinos a la revuelta: con ello se trataba de sellar el «bloque de las cuatro clases» (obreros, campesinos, pequeña burguesía y burguesía nacional) para ir por etapas, y en especial por la etapa de la «dictadura democrática de los obreros y los campesinos», a la dictadura del proletariado. Entretanto, Stalin asimilaba el Kuomintang no a un partido burgués, sino —dado que Sun Yat-sen había elaborado una doctrina de acento y sabor socialistas— al Partido Laborista inglés, en el cual Lenin, en 1920, aconsejaba entrar a los comunistas británicos.

El golpe de Estado militar de Chang Kai-chek en Shanghai, en abril de 1927, la ruptura de la coalición nacionalista-comunista, la matanza de comunistas en Shanghai, Pekín, Nankín y Cantón por sus aliados del Kuomintang caracterizan el fin desastroso de esta política de colaboración entre el nacionalismo y el comunismo.

3. La ruptura de Trotski con la IC

El asunto chino constituye también el punto de ruptura en el seno del PC ruso entre Stalin y Trotski. Este último — como explica en su *Crítica del programa de la IC* y en *La Revolución traicionada* (1929) — ya desde 1923 había presentado sugerencias que, bajo el término genérico de «curso nuevo», apuntaban contra lo que él llamaba la «burocratización» del Estado y del Partido.

En 1926, resurge la polémica sobre la cuestión del Comité angloruso. El PCR (b) aceptó formar un Comité compuesto por representantes del Consejo General de las Trade-Unions británicas y de los sindicatos rusos: los soviéticos pensaban que esta alianza en la cumbre, testimonio de la solidaridad de clase de los proletariados inglés y ruso, podría servir de ad-

vertencia al Gobierno inglés sobre el peligro que él mismo correría si atacaba a la Rusia revolucionaria. Y ello tanto más cuanto que en aquel mismo año 1926 las huelgas en las minas de carbón inglesas desembocaron en una huelga general que, iniciada el 1º de mayo, duró diez días, al cabo de los cuales la mayoría reformista de las Trade-Unions dio la orden de volver al trabajo, abandonando a los mineros que proseguían solos la lucha. La minoría sindical y el PC inglés calificaron de traición esta actitud. No obstante, Stalin rehusó disolver el Comité angloruso, por estimar que la defensa de la URSS tenía primacía sobre el desarrollo del movimiento revolucionario en Gran Bretaña.

Finalmente, en 1927, la cuestión china acababa de poner de manifiesto la naturaleza teórica de la oposición entre Trotski y Stalin, cristalizada en la alternativa: revolución permanente o socialismo en un solo -país. Trotski insistía por otra parte en ver en esta oposición, no una divergencia estratégica en la vía a seguir para instaurar el socialismo en el mundo, sino la lucha de dos formaciones políticas que representaban los intereses de dos grupos sociales diferentes: la fracción trotskista. los del proletariado mundial, la fracción estaliniana, los de la burocracia del partido y del Estado soviético.

Sea como fuere, después de su manifestación pública de noviembre de 1927, la oposición —eme se daba el calificativo de bolchevique-leninista— desaparecía: Zínoviev capitulaba. Ioffé se suicidaba, Trotski emprendía el camino del exilio. Al cabo de un año en Alma-Ata, en enero de 1929 era expulsado de Rusia.

IV. Clase contra clase (1928-1933)

1. Por la defensa de la Unión Soviética

Libre en Rusia de la oposición de izquierda contra la cual tuvo que aproximarse a Bujarin, sucesor de Zinoviev en la jefatura de la IC, Stalin se orienta hacia una política «ultraizquierdista» cuya justificación se fundaba en la tesis de que el mundo ha entrado en el «tercer período» (de la crisis general del capitalismo): una nueva época de luchas y guerras civiles favorables a la revolución proletaria va a abrirse, pero en lo inmediato la amenaza imperialista que pesa sobre la República de los Soviets va a acentuarse. Por eso, en tanto que en la URSS se había lanzado el primer plan de industrialización del país (1928), en el extranjero se llamaba a los comunistas a montar la guardia en torno a esta obra de edificación pacífica del socialismo.

Ya el VIII Pleno de la IC en mayo de 1927 había concluido que «el peligro de guerra contra la Unión Soviética pasa a ser la cuestión más acuciante del movimiento obrero internacional». En efecto, la «política de Rapallo», que, para impedir que se constituya el frente unido de las grandes potencias europeas frente al comunismo, condujera a Rusia en 1922 a aproximarse a Alemania, estaba comprometida. Alemania buscaba acomodos con sus vecinos del Oeste; Rusia corría el riesgo de quedar aislada.

El VI Congreso mundial, cuyas sesiones en Moscú duraron 43 días (17 de julio-1° de septiembre de 1928), asumió el encargo de dar la definición más clara de las obligaciones que se derivaban para el proletariado de esta situación. El Programa de la IC, adoptado el 1° de septiembre, precisa:

El proletariado internacional, del que la URSS es la sola patria, el baluarte de sus conquistas, el factor esencial de su liberación internacional, tiene el deber de contribuir al éxito de la edificación del socialismo en la URSS y de defenderla por todos los medios contra los ataques de las potencias capitalistas.

Temas que desarrollan las *Tesis sobre la lucha contra la guerra imperialista y la tarea de los comunistas.*

En un mundo dividido en dos campos, «de un lado la totalidad del mundo capitalista, del otro la URSS, alrededor de la cual se agrupa el proletariado internacional y los pueblos oprimidos de las colonias», «todas las alianzas creadas bajo el protectorado de la Sociedad de Naciones, todos los pactos no sirven más que para disimular y facilitar los preparativos de guerra, particularmente contra la Unión Soviética». Son pues, nocivas, por endormecedoras, las campañas «pacifistas» que preconizan el desarme; son otros tantos «actos de profunda hipocresía» a los que se presta la socialdemocracia, que pasa así del socialchovinismo al socialimperialismo.

Habida cuenta de la existencia de contradicciones de segundo orden entre las potencias imperialistas, especialmente entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, y de la naturaleza del imperialismo que engendra antagonismos entre países explotadores y países oprimidos, cabe distinguir, desde la revolución de octubre, tres tipos de guerra posibles: las guerras entre Estados imperialistas; las de contrarrevolución imperialistas, dirigidas contra Estados proletarios; y las guerras nacionales-revolucionarias, principalmente en las colonias, contra el imperialismo.

En caso de una guerra de contrarrevolución imperialista, tres series de consideraciones son desarrolladas rigurosamen-

te a partir de la premisa según la cual los trabajadores no tienen más que una patria, la patria socialista, y un objetivo, la Unión Mundial de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

1. *En el caso de una guerra imperialista desencadenada, contra la Unión Soviética, la táctica permanente del «derrotismo revolucionario» se modifica en táctica de lucha por la victoria de la Unión Soviética:*

a) El proletariado de los países imperialistas no sólo debe luchar por la derrota de su Gobierno en esta guerra; debe buscar activamente la victoria del poder soviético.

b) Por lo tanto su táctica y la elección de los medios de lucha vienen determinados no sólo por los intereses de la lucha de clases en su propio país, sino también por los intereses de la guerra en el frente, puesto que se trata de una guerra de clase de la burguesía contra el Estado proletario.

c) El Ejército Rojo no es un ejército «enemigo»: es el ejército del proletariado internacional. El proletariado de los países capitalistas, en tiempos de guerra contra la URSS, no se dejará intimidar por la burguesía que le acusará de alta traición, y no renunciará, bajo amenazas, a apoyar al Ejército Rojo.»

2. *Los comunistas apoyan de una manera permanente la política de paz de la Unión Soviética.* Al aprovecharse de las contradicciones entre las potencias imperialistas, la Unión Soviética está en condiciones no de impedir definitivamente la guerra, sino, cuando menos, de demorar su desencadenamiento. Y esta «lucha por la paz» tiene la ventaja de dar a los pueblos una razón suplementaria para condenar el imperialismo; tiene sobre todo la ventaja de garantizar a la Unión Soviética los plazos necesarios para la consolidación de su potencial económico y militar. Se trata de «montar la guardia

en provecho de la revolución internacional».

3. *Pero hay que interpretar correctamente esta política de paz de la Unión Soviética*: «No significa en absoluto que el poder soviético se haya resignado a reconocer la existencia del capitalismo». Porque las querellas intestinas del campo imperialista tienden a esfumarse cuando las relaciones de fuerza entre los dos campos fundamentalmente antagonistas tienden a modificarse en favor del campo socialista: «En el proceso de la revolución proletaria, las guerras entre Estados proletarios y Estados burgueses para que el mundo se libere del capitalismo son *inevitables y necesarias*» (subrayado en el texto).

Tal es la clarificación doctrinal que propone la IC acerca de la ambigüedad de la política exterior soviética, al declararse a la vez por el mantenimiento de la paz y por la expansión de la revolución proletaria.

En consecuencia, el Congreso invitaba a los C.C. de todos los partidos a preparar inmediatamente una «Jornada internacional de lucha contra la guerra imperialista y de defensa de la Unión Soviética»: la primera tuvo lugar el 1º de agosto de 1929.

Desde entonces la lucha contra la guerra imperialista se convirtió en el tema central de la propaganda de las secciones de la IC y se concretó en la organización de un «movimiento de masas» conocido por el nombre de *Ámsterdam-Pleyel* (el I Congreso se celebró en *Ámsterdam*, el segundo en la sala *Pleyel* de París).

2. Clase contra clase

En el estado de tensión de las relaciones internacionales, reflejando, según los comunistas, la acuidad de las contradicciones tanto internas como externas del capitalismo, éstos se

veían llevados a pensar que las condiciones de un desarrollo revolucionario estaban en trance de madurar: confiando en la «radicalización de las masas», adoptaban una posición sectaria definida por la fórmula «clase contra clase». Y no es que abandonen el tema del frente único, sino que éste, limitado al «frente único en la base», apunta a disociar «por una parte a los obreros socialdemócratas que se engañan con la mejor buena fe, de los líderes socialdemócratas, viles lacayos de los imperialistas, por otra parte» y pasa a ser una técnica de presentación de la política comunista contra «todas las fracciones de la burguesía»: entre ellas los Partidos socialistas a los que se niega en lo sucesivo la cualidad de partidos obreros y que son tildados de socialfascistas. En el VII Congreso de la IC, W. Pieck reconoce por otra parte que «la aplicación defectuosa de nuestra táctica «clase contra clase» desembocaba «en su deformación frecuente hasta decir que esta táctica excluía sedicentemente el frente único».

La táctica «clase contra clase» fue experimentada primero por el PC francés con ocasión de las elecciones legislativas de 1928. Por carta del Presidium de la IC de abril de 1927, el C.C. del PCF adoptó, en su sesión de los días 9-10 de noviembre de 1927, una *Carta abierta a los miembros del Partido* en la que el Partido proponía la táctica siguiente:

Si el Partido Socialista rechaza su proposición de Bloque obrero y campesino, el Partido Comunista se reserva mantener un candidato proletario frente a todos los jefes socialistas que lleven a cabo una acción contrarrevolucionaria y se declaren defensores de la democracia burguesa contra el comunismo.

La negativa de los socialistas se daba por descontada puesto que el programa *mínimo* sobre el que los comunistas pre-

tendían fundar el Bloque obrero y campesino preveía que la política extranjera francesa debía ser definida en función de los intereses de la «patria soviética». Socialistas y comunistas, pues, fueron separados a la batalla electoral, tanto en la primera como en la segunda vuelta: los comunistas perdieron once escaños y los socialistas cincuenta. Resultado que justifica el delegado de la Internacional ante la Conferencia del PCF:

La colaboración de la socialdemocracia con la burguesía es un hecho fundamental que debemos poner de relieve en toda nuestra política... Se impone una preparación a fin de hacer aparecer el Partido Comunista como el único partido de la clase obrera.

En Alemania la táctica «clase contra clase» fue aplicada con mucho más rigor.

La gran depresión económica que había estallado en Wall Street en octubre de 1929 produjo en Europa *cracks* financieros, devaluación de la moneda, derrumbamiento de la producción industrial, de los precios agrícolas, del comercio internacional, paro; a despecho de lo cual estallaron grandes huelgas contra la reducción de los salarios en Polonia (en los textiles de Lodz, en las cuencas mineras de Dombrowa y Cracovia), en los Estados Unidos, en el Borinage belga, en Rumania entre los ferroviarios y en los pozos de petróleo.

La economía alemana, cuyas estructuras, tras el relanzamiento espectacular pero tardío de 1924, seguían siendo frágiles, fue tanto más afectada por cuanto dependía de los créditos extranjeros: el número de parados pasó de 1 252 000 en 1929 a 5 225 000 en 1932.

Esta aguda crisis social, que se injertó en la crisis nacional siempre latente, determinó una polarización política a los

extremos que favorecía lo mismo al incremento de la clientela nazi como al de la clientela comunista: los candidatos del PC alemán, que en 1928 logran 3 265 000 votos, en 1932 obtienen 5 972 702.

Este éxito electoral —y el incremento paralelo de sus efectivos— condujo al PCA, en total acuerdo con la dirección de la IC, a tres series de conclusiones:

1º El «tercer período» desemboca en un nuevo impulso de guerras civiles y revoluciones. La respuesta comunista a la crisis económica debe ser, pues, la preparación directa de la revolución proletaria, la cual puede triunfar al primer asalto —es la justificación teórica del golpe de fuerza intentado en Berlín en mayo de 1929— o, al menos, tras un corto intermedio durante el cual la burguesía buscará en vano una solución original —fascista— a sus dificultades: «Las elecciones de los tres últimos años atestiguan el viraje revolucionario que se ha operado en la clase obrera en favor del PC alemán» (Piatnitski).

2º Puesto que la lucha por la instauración de la dictadura del proletariado está a la orden del día, hay que considerar todas las fuerzas que le son adversarias como un bloque de la burguesía: es, pues, un crimen contrarrevolucionario el introducir cualquier diferenciación que sea entre la reacción clásica que encarna el régimen de Hindenburg y el fascismo, cuyo carácter de clase (que no resulta ni se identifica a la composición social del movimiento nazi) demuestra sin ambigüedad que no es más que una forma de la dictadura burguesa.

3º Al sostener que el peligro fascista exige la formación de un bloque de la clase obrera con la fracción «democrática» de la burguesía, la socialdemocracia constituye el principal obstáculo para el paso de amplias masas obreras a una posi-

ción revolucionaria. El combate contra la socialdemocracia para arrancar los obreros socialistas a su influjo y organizar, bajo la dirección del PC, el frente único de los trabajadores comunistas y socialistas, es, pues, la previa condición de una victoria sobre la burguesía y el fascismo:

La IC y todas sus secciones cuidarán de impedir que los socialdemócratas y las burocracias sindicales salven, por segunda vez, a la burguesía de la revolución proletaria (Piatniski).

La fascistización de la socialdemocracia se desarrolla a un ritmo acelerado (Kuusinen).

En fin, es absurdo inquietarse por el hecho de que el debilitamiento de los socialistas refuerce las posibilidades de la empresa fascista: el fascismo liquidará a la socialdemocracia, lo cual dejará la vía libre a la revolución proletaria, cuya hora sonará cuando el fascismo se haya derrumbado.

Esta orientación fue mantenida hasta el final, hasta el advenimiento de Hitler al poder. Thaelmann escribía aún el 1º de febrero de 1933 (Hitler era canciller desde el 30 de enero):

El 22 de enero se ha desarrollado bajo el signo de un viraje de las fuerzas de clase en favor de la revolución proletaria.

3. Hacia la IV Internacional

En muchos PC extranjeros aparecen elementos o fracciones trotskistas más o menos importantes, ya en reacción contra la dirección de los asuntos soviéticos por Stalin, ya contra las directivas que se les transmiten por el C.E. de la IC. En Francia, un grupo de este tipo edita *La Venté* en septiembre de 1929, y en 1930 adopta el nombre de Liga Comunista. En

abril de 1930, se reúne en París la Primera Conferencia Internacional de los bolcheviques-leninistas.

Esta oposición se planteaba tres problemas. En primer lugar, el de la defensa de la URSS. Trotski expone la fórmula: « ¡Por la Unión Soviética, siempre! ¡Por el curso estaliniano, jamás!» En segundo lugar, el del frente único antifascista. Al rechazar la negativa de los comunistas de establecer una diferencia entre el ala «democrática» de la burguesía y su ala fascista, la Oposición de izquierda denuncia al propio tiempo la tesis estaliniana de la reducción del socialdemocratismo al socialfascismo. Trotski incluso califica de absurda la idea según la cual el fascismo no podía ser vencido sin la previa derrota de la socialdemocracia. Antes al contrario, se dirige a los obreros socialistas: «Obligad, pues, a vuestro partido a librar una lucha real por un Estado democrático fuerte... Nosotros os ayudaremos sinceramente en una lucha por un tal gobierno. Es más, nos comprometeríamos a no emprender acciones revolucionarias que sobrepasen los límites de la democracia.» En tercer lugar, el de la actitud a adoptar respecto a la III Internacional. Trotski, aunque excluido de la IC, rehúsa durante mucho tiempo ser otra cosa que el jefe de una fracción que lucha «por el enderezamiento de la IC y de sus secciones». Muchos de sus partidarios, por el contrario, convencidos de la inutilidad de una lucha interna, desean fundar una nueva internacional.

La llegada de Hitler al poder hace madurar la decisión de Trotski en este sentido. El Pleno Internacional de la Oposición bolchevique-leninista, en agosto de 1933, acuerda casi unánimemente orientarse hacia la constitución de una nueva Internacional y, en todos los países, de nuevos partidos revolucionarios. Y para concretar esta orientación el nombre de Oposición de izquierda es sustituido por el de Liga Comunis-

ta Internacional (bolchevique-leninista). No obstante, se mantenía la diferencia entre el Partido bolchevique, al que se condenaba, y el Estado soviético, que conservaba el carácter de Estado proletario. Habrá que esperar hasta 1935 para que el Estado sea a su vez considerado como «degenerado».

3 - Nueva ofensiva (1934-1943)

La IC estimaba en 1928 que debía abrirse una «nueva era de guerras civiles y de revoluciones proletarias»; se equivocaba, pero sólo en unos cuantos años. Entretanto, el socialismo en sus diversas acepciones había adquirido un predicamento notable: cuando en 1928 se celebra el Congreso mundial Comunista, acuden a Moscú 515 militantes representando a 57 PC. Y cuando, el mismo año, se celebra el Congreso mundial de la Democracia Socialista, entre los congresistas asisten hombres que fueron, son o serán jefes de gobierno de las grandes naciones europeas: entre otros, L. Blum por Francia, Hjalmar Branting por Suecia, Ramsay Mac Donald por la Gran Bretaña, Vandervelde y Spaak por Bélgica.

I. Frentes populares (1934-1938)

1. La descomposición de la IC

La catástrofe alemana y la polémica conducida desde el exterior por Trotski hubieran debido obligar a la IC a interrogarse sobre la validez de sus análisis, pero la Internacional tendía cada vez más o no ser otra cosa que una institución intermedia entre el secretario general del Partido bolchevique y los PC de los países extranjeros. De 1929 a 1943, sólo se celebra un Congreso mundial, en tanto que el personal diri-

gente va cambiando con los avatares de la política rusa: es la etapa en que un drama personal de Stalin en 1932 (el fallecimiento sospechoso de su segunda mujer) y el asesinato de Kirov, en 1934, parecen haber determinado el paso en Moscú de una dictadura terrorista severa a una dictadura terrorista salvaje. Mientras las secciones nacionales, legales o ilegales, sólo participan de manera reducida en el funcionamiento de la IC, los emigrados alemanes, italianos, húngaros, polacos, búlgaros, sin poder autónomo de decisión y sin defensa ante la arbitrariedad, son quienes se encargan —a veces antes de desaparecer ellos mismos trágicamente— de reemplazar a los viejos bolcheviques, a los que los procesos de Moscú van a desautorizar políticamente, a deshonorar moralmente y a eliminar físicamente. De tal modo que, en lo sucesivo, la política del Komintern debe analizarse teniendo en cuenta que no refleja las respuestas aportadas por el comunismo internacional más que en la medida en que tales respuestas concuerdan totalmente con la política estaliniana. «Stalin tiene razón»: este título de un cartel comunista francés de 1935 da en lo sucesivo cuenta de todo.

2. La Internacional Socialista y el fascismo

En cambio, la catástrofe alemana sometió a la Internacional socialista a una dura prueba.

Ello se debía ante todo al hecho de que el PS alemán, si bien rechazaba la imputación comunista de ser el único responsable de la victoria nazi, no podía siquiera pensar que le cupiera responsabilidad alguna: primera potencia electoral de la República de Weimar, con un formidable movimiento sindical y un programa preciso de reformas de las que sus Congresos de Heildelberg (1925) y Kiel (1927) habían estableci-

do el catálogo, disponía además de una organización paramilitar aguerrida, la Reichsbanner Schwartz-Rot-Gold que había constituido en 1923 para defender la República.

Por su parte, la Internacional Socialista, tras sus Congresos de Hamburgo (1923) y de Bruselas (1928), en el que no prestó la debida atención al peligro (Vandervelde caracterizaba el fascismo como un rasgo político propio a los países subdesarrollados del sudeste europeo), dedicó su Congreso de Viena, en julio-agosto de 1931, a concretar una definición del fascismo que, *grosso modo*, se identificaba a la de la IC: para Otto Bauer, el fascismo alemán «era dirigido por la industria pesada alemana y por los lacayos de la reacción», al igual que, para los comunistas, era «la dictadura terrorista del gran capital».

A pesar de este esfuerzo de esclarecimiento doctrinal, la Conferencia Socialista convocada en agosto de 1933 en París puso de manifiesto una vez más que las filas socialistas se hallaban divididas en tres tendencias.

A la izquierda, reunidos en torno a la moción «Alter», el italiano P. Nenni, el suizo R. Grimm, el francés Zyromski, el belga P. H. Spaak preconizan una táctica «revolucionaria» próxima de la del Komintern: era necesario que la lucha proletaria por la conquista del poder tomara la delantera a los fascistas. A la derecha, bajo la batuta de los socialistas ingleses, sus correligionarios escandinavos, checos y polacos preconizan por el contrario una ruptura total con las tesis y las organizaciones comunistas: en vez de correr el riesgo de que las fuerzas clásicas del conservadurismo social se desplacen hacia el fascismo, era menester proponer un socialismo abierto, adaptado a la evolución económica, seductor para las clases medias y susceptible de reforzar, en lugar de minarlo, el

armazón democrático de las naciones. Al centro, Adler y L. Blum, siempre fieles a la línea tradicional del radicalismo marxista, propugnan la necesidad para el socialismo de conservar su fisonomía propia, proletaria y revolucionaria, aunque distinta del bolchevismo; la unidad de acción con los comunistas en el terreno limitado del antifascismo puede ser examinada a condición de que los comunistas suspendan sus ataques contra el «socialfascismo».

Así, la Internacional Socialista se resquebrajaba sobre la cuestión del fascismo como la II Internacional se había resquebrajado sobre la de la guerra: el determinismo marxista, al hacer del fascismo un producto directo y exclusivo de la lucha de clases entre burguesía y proletariado, al igual que hizo de la guerra un producto directo y exclusivo de la lucha de clases a escala internacional, no daba más que una imagen deformada y estéril de estos dos principales fenómenos, de tal modo que, doctrinarios impotentes, los jefes socialistas no encontraban salida entre el Caribdis fascista y la Escila comunista.

3. El VII Congreso de la IC y la experiencia francesa

Si, muchos meses después del advenimiento del hitlerismo, los comunistas continúan concentrando lo esencial de sus ataques contra la socialdemocracia, con el VII Congreso mundial de la IC en agosto de 1935, interviene un cambio decisivo en esta cuestión.

El viraje fue iniciado primero por la URSS en materia de política internacional.

En efecto, desde 1932 la Unión Soviética comienza una política de «presencia internacional» al firmar una serie de pactos de no agresión con los países circundantes, se hace

reconocer *de jure* por varios Estados, entre ellos los Estados Unidos, ingresa en la SND en septiembre de 1934, concluye un pacto de asistencia mutua con Francia en 1935. Y es que el pacto de no agresión firmado por Hitler con Polonia, en enero de 1934, convence a Stalin de que la «política de Rapallo» está bien muerta y que urge aproximarse al otro grupo imperialista, el de las «democracias».

En tales condiciones, hay coincidencia, por momentánea que sea, «entre los intereses de la Francia burguesa y de la Unión Soviética»: a la sazón, incluso si los comunistas franceses no apoyan una política de defensa nacional por las razones que en 1914 condujeron a los socialistas a la Unión Sagrada, se pronuncian por una política análoga.

Ahora bien, este alineamiento de los comunistas a las tesis socialistas en materia de guerra y de defensa nacional aparecía como el segundo panel de un alineamiento global a los análisis políticos de la SFIO, el primero de los cuales lo constituía su reconsideración, efectuada entretanto, de la cuestión de la democracia.

En efecto, aunque se había convertido en la más poderosa sección del Komintern en Europa, el PC francés, aislado desde 1927, duramente quebrantado por una represión a la cual le exponían sus explosivas declaraciones, vio pasar sus efectivos de 52 372 miembros en 1928 a 38 248 en 1930, y 18 000 en 1932. La misma estrategia ¿le conduciría al mismo funesto destino que el partido hermano alemán? Pudo creerse así cuando, el 6 de febrero de 1934, los comunistas participaron en las revueltas contra la «República de Stavitsky». En *L'Humanité* del 19 de febrero Vaillant-Couturier escribía:

¿Defender la República, dice Blum? ¡Como si el fascismo no fuese también la República, como si la República no fuese

ya el fascismo!

Incluso tras la unión, el 12 de febrero, de las manifestaciones socialista y comunista, los comunistas siguen negándose a distinguir entre fascismo y democracia burguesa y no renuncian a su táctica de frente único con el ala izquierda socialista.

Tras consultar a las instancias superiores de la IC, M. Thorez fue autorizado a iniciar con la dirección de la SFIO, sobre la base de la «defensa de la democracia» (burguesa), conversaciones que desembocan el 27 de julio de 1934 en la firma de un pacto de acción común y el 18 de enero de 1935 en la primera afirmación pública del Frente Popular.

Además de que ponía de manifiesto que en la plataforma del socialismo democrático y nacional residía la sola posibilidad de la aparición, en las condiciones de entre las dos guerras, de un frente único proletario, la táctica inaugurada por los comunistas franceses, en la medida en que constituía un retorno a la significación original que diera Lenin en 1921 a las *Tesis sobre el frente único*, mostraba hasta qué punto estas tesis habían sufrido hasta entonces de una desviación izquierdista.

El Frente Popular, fórmula derivada del frente único proletario contra el fascismo, no parece tanto el resultado de un combate librado por los comunistas franceses para arrastrar a la lucha antifascista a los militantes socialistas de la base, a fin de forzar a la dirección socialista a la unidad de acción, como el resultado de un alineamiento de los comunistas a la política nacional y democrática del socialismo. Viraje capital: es esta táctica la que el VII Congreso mundial (25 de julio-27 de agosto de 1935) se dedicó a estudiar y legalizar. Dimitrov declaró en dicho Congreso:

Corresponde al PC y al proletariado francés, por la práctica de su lucha en el frente único proletario contra el fascismo, el mérito de haber ayudado a preparar las decisiones de nuestro Congreso, cuya importancia es tan enorme para los obreros de todos los países.

Un complejo concurso de circunstancias permitió a la IC experimentar la fórmula de un Frente Popular español, pero las interferencias entre los supuestos de la situación propiamente española y las del enfrentamiento, en el seno del Gobierno y en las Brigadas Internacionales, de los fascismos y las democracias, hicieron tan ambigua la experiencia que las lecciones del fracaso se desprenden difícilmente, puesto que la IC jamás puso en claro cuáles eran los objetivos que quería que persiguiera el PC español.

4. El incremento del movimiento revolucionario en Oriente

Si la táctica «clase contra clase» tuvo consecuencias catastróficas en Occidente, en Oriente —en Indochina, en las Filipinas, en Corea, en Siria, en Argelia— facilitó la creación de jóvenes PC. Pero, sobre todo, permitió la maduración de la «revolución soviética» en China.

La matanza de obreros de Shanghai por Chang Kai-chek había puesto de relieve cuan erróneo era querer dirigir desde Moscú el movimiento revolucionario chino: aunque formalmente sometido, como los demás PC, a la autoridad de la IC, el PC chino se comporta en lo sucesivo más como un aliado del comunismo soviético que como un discípulo. Tras la eliminación de Tchen Tu-hsium, Mao Tse-tung condujo a las montañas que bordean el Kiangsi a los comunistas que escaparon de la represión. En 1928, tras unir sus fuerzas a las de

Chu Teh, Mao crea en los Ching-Kan Shan un pequeño Estado comunista que dispone de un ejército, bajo el mando del general en jefe Chu Teh. Atacados en septiembre de 1933 por Chang Kai-shek, Mao y Chu Teh, tras una resistencia de dos años, abandonan el Kiangsi para emprender una «larga marcha de 12.000 kilómetros» que les conduce, con 300 000 hombres a la partida, a establecerse con sólo 40 000 a la llegada, en la provincia del Shensi, en contacto con la URSS a través de la Mongolia.

Pero la invasión japonesa que amenazaba desde 1931, se precipita en julio de 1937, forzando a Chang a volver todas sus fuerzas contra el agresor extranjero; en septiembre del mismo año, en nombre del Kuomintang firma un acuerdo en virtud del cual se reconoce la existencia de una «región frontera del Shensi-Kansu-Ningshia». Un representante del C.G. de Yenan participa en el Consejo de Guerra de Chiang y miembros comunistas entran en el Consejo Político del Pueblo.

II. La guerra

La táctica de unidad antifascista mantenida en el último Congreso de la IC en 1935 no había de sobrevivir al fracaso de los Frentes Populares: cuando estalla la guerra, la IC vuelve a su estrategia anterior.

1. El pacto germano-soviético

Justificado como un ejemplo de la explotación de las contradicciones interimperialistas, el pacto de 23 de agosto de 1939 rompía, según el *Llamamiento* del C.E. de la IC en el XXII aniversario de la revolución rusa, cadena de la compli-

cidad de los Estados capitalistas:

Al firmar un pacto de no agresión con Alemania, la Unión Soviética ha desbaratado los pérfidos planes de los provocadores de una guerra antisoviética.

En tanto que, preservado, el país del socialismo se reforzaba:

Mientras termina de construir la sociedad socialista subclases, el pueblo soviético marcha hacia el comunismo... Plena de felicidad y de alegría, la vida de los pueblos de la Unión Soviética palpita de entusiasmo, trabajando eficazmente para «circunscribir la extensión de la conflagración militar europea».

La guerra que se inicia, definida como una exacta repetición de la de 1914, es, pues, una «guerra injusta, reaccionaria, imperialista... La clase obrera no debe apoyar tal guerra». Por lo tanto los comunistas tienen el deber de crear una agitación dirigida contra el gobierno de su propio país.

Prácticamente, ello no podía llevarse a término en Alemania, donde las fuerzas comunistas eran hartamente escasas; además, no había que entorpecer a la diplomacia soviética en sus relaciones con Berlín. El *Llamamiento* de la IC iba dirigido sobre todo contra el imperialismo inglés y francés: el nombre de Hitler no figuraba en él, pero sí el de Blum, cuatro veces estigmatizado. De la burguesía alemana, se guardaba silencio, pero había varios párrafos dedicados a las burguesías de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos. Sobre la dictadura nazi, nada, pero se «desenmascaraba» a la democracia:

No es por la libertad de los pueblos por lo que ellos [los demócratas] hacen la guerra, sino para esclavizarlos. No es para salvar la democracia del fascismo, sino para el triunfo de la reacción.

En el mismo sentido iban los artículos que Dimitrov publicaba en 1939 sobre *La guerra y la clase obrera de los países capitalistas*, y el *Llamamiento de la IC* con ocasión del 1º de mayo de 1940.

Habrá que esperar hasta 1946 para que Stalin ponga en entredicho esta orientación:

La segunda guerra mundial contra los Estados del Eje, a diferencia de la primera guerra mundial, tomó, desde el inicio, el carácter de una guerra antifascista, liberadora, una de cuyas tareas era igualmente el restablecimiento de las libertades democráticas. La entrada de la Unión Soviética en la guerra contra los Estados del Eje no podía más que reforzar y reforzó el carácter antifascista y liberador de la segunda guerra mundial.

2. La disolución de la IC (15 de mayo de 1943)

Habida cuenta del crecimiento y de la madurez política de los PC y de sus cuadros dirigentes en los países, visto el hecho de que en el curso de la presente guerra cierto número de partidos miembros han suscitado la cuestión de que la IC sea disuelta en tanto que centro dirigente del movimiento obrero, el Presidium del C.E. de la IC, en la imposibilidad de convocar un Congreso de la IC en razón de las condiciones de guerra, se permite someter a la aprobación de las secciones de la IC la siguiente propuesta:

Disolver la IC como centro dirigente del movimiento obrero internacional, dispensando así a las secciones de la IC de las obligaciones derivadas de los estatutos y de los Congresos de la IC...

La disolución de la IC era anunciada al mundo por esta declaración firmada por el PC (b), por Jdanov y Manuilski;

por el PC alemán, por Pieck y Florín; búlgaro, por Dimitrov y Kolarov; francés, por Thorez y Marty; checoslovaco, por Gottwald; español, por D. Ibaruri; italiano, por Ercoli (Togliatti); finlandés, por Kuusinen; austriaco, por Koplenig; húngaro, por Rakosi; rumano, por Anna Pauker.

3 - El mundo comunista

La Internacional Comunista, a partir del año 1919, constituyó un marco institucional en el que se forjó y unificó un *mundo* identificable por sus dimensiones geográficas y sus características políticas, sociales y espirituales.

I. Algunos datos numéricos

1. ¿Cuántas secciones afiliadas?

En los dos primeros Congresos de la IC, la enumeración de secciones nacionales se hace difícil por el hecho de que los PC se desgajan del terreno revolucionario por un proceso complejo de escisión y de reagrupación que modifica incesantemente la configuración de las organizaciones obreras. Los tres momentos en los que los PC se multiplicaron fueron en efecto el verano y el otoño de 1918, la primavera y el verano de 1919, el invierno 1920-1921.

En el VI Congreso mundial (1928), de los 66 partidos y organizaciones invitados, acudieron 58 partidos. En el VII Congreso (1935), de las 67 secciones de la IC en los países capitalistas, sólo 22-(de las cuales 11 en Europa) pueden actuar legal o semilegalmente, 45 (de las cuales 15 en Europa) se ven forzadas a actuar en la más estricta ilegalidad.

2. ¿Cuántos miembros comunistas?

A pesar de las abundantes estadísticas publicadas por el Kornintern, no es fácil establecer la curva del número de comunistas entre 1919 y 1943: la cifra de los efectivos, proclamada con ocasión de los plenos del Ejecutivo o de los Congresos mundiales, puede haber sido adaptada por la Internacional o sus secciones a imperativos políticos; a continuación subsiste la zona oscura de los partidos forzados a la clandestinidad o, en los partidos legales, de las organizaciones ilegales que realizan funciones clandestinas, tal como la propaganda en el ejército; finalmente, la fluctuación de los efectivos, de un año al otro, y de un mes al otro, hacen aleatorio todo balance.

Piatnitski, basándose en el Partido alemán, cita las cifras siguientes (1931): a fines del año 1928, el PCA contaba oficialmente 124.511 miembros; en el transcurso del año 1929, fueron registradas 50.000 adhesiones nuevas, lo que elevaría la cifra de los efectivos a 174.511 en diciembre de 1929; en realidad, la cifra era de 135.160; hubo al mismo tiempo 39.000 bajas.

3. Los efectivos totales de la IC

A pesar de estas reservas, las cifras oficiales de los efectivos de la IC (aparte del PC de la URSS) no están desprovistas de significación: se sitúan entre 328.716 (el punto más bajo alcanzado en 1931) y 1.200.000 (en 1939):

1921	887.745	1932	913.000
1922	779.102	1934	860.000

1924	648.090	1935	785.000
1928	445.300	1939	1.200.000
1931	328.716		

4. Los efectivos por país

A la escala de los continentes, la IC es aún esencialmente europea (1924):

Europa	659.090	Oceanía	2.250
América	19.500	África	1.100
Asia	6.350		

En Europa, los efectivos de los cuatro Partidos comunistas de Alemania, Checoslovaquia, Francia y Yugoslavia forman más de las cuatro quintas partes de los efectivos (1924):

1. Alemania	350.000	12. Estonia	3.250
2. Checoslovaquia	130.000	13. Inglaterra	3.000
3. Francia	50.000	14. Rumania	2.500
4. Yugoslavia	40.000	15. Grecia	2.200
5. Noruega	16.000	16. Holanda	1.700
6. Austria	16.000	17. Letonia	1.000
7. Italia	12.000	18. Portugal	700
8. Suecia	12.000	19. Dinamarca	700
9. España	5.000	20. Bélgica	590
10. Polonia	5.000	21. Islandia	450

11. Suiza	4.000	12. Estonia	3.250
-----------	-------	-------------	-------

La clasificación, en la misma época, de los países europeos (aparte Rusia) en función de su tasa de densidad comunista hace aparecer que dicha tasa no está en relación directa con la tasa de proletarización de la población. Bélgica, cuya densidad comunista es la más débil, tiene a la sazón el porcentaje de proletarios más elevado (73 %):

Por 1.000 habitantes			
1. Checoslovaquia	9	11. Italia	0,3
2. Noruega	5,6	12. Grecia	0,3
3. Alemania	53	13. España	0,25
4. Yugoslavia	3	14. Polonia	0,22
5. Estonia	2,8	15. Holanda	0,21
6. Austria	2,3	16. Dinamarca	0,19
7. Suecia	2	17. Rumania	0,14
8. Francia	1,4	18. Portugal	0,12
9. Suiza	1	19. Inglaterra	0,007
10. Letonia	0,7	20. Bélgica	0,007

II. Estructuras

1. Una estructura centralizada

Al rechazar el tipo de organización por el cual la II Internacional había querido conciliar el imperativo estratégico del

internacionalismo proletario con la diversidad táctica de las situaciones nacionales, el artículo 1º de los estatutos de la IC precisaba:

La nueva AIT une los partidos comunistas en un partido mundial... para la fundación de una Unión Mundial de Repúblicas Socialistas de los Soviets.

Así, y paradójicamente, esta forma de organización que, al principio/ apenas prestaba atención a las preocupaciones de orden nacional, fue en definitiva el mejor soporte para la dominación teórica y política de una experiencia sectorial, la experiencia rusa.

Como *Partido*, la IC es una institución estructurada y jerarquizada, cuyo aparato central funciona gracias a los órganos siguientes:

1º *El Congreso mundial*. — «Órgano supremo» que debe reunirse por lo menos cada dos años, y que se encarga, tras haber zanjado las cuestiones más importantes de programa, de táctica y de organización, de elegir los escalones más elevados de la dirección comunista internacional. La composición de cada Congreso —número de delegados, porcentaje de funcionarios de los aparatos nacional e internacional, antigüedad de pertenencia al PC del país de origen— refleja la situación del comunismo en el mundo.

Así, el escalonamiento de los Congresos (cinco en los seis primeros años, y dos entre 1925 y 1935) es un síntoma, entre otros, del paso del período leniniano al estaliniano.

I	Congreso:	2-6 de marzo de 1919
II	—	19 de julio-7 de agosto de 1920
III	—	22 de enero-12 de julio de 1921

IV	—	5 de novbre-5 de dicbre de 1922
V	—	17 de junio-8 de julio de 1924
VI	—	17 de julio-1. ^o de septbre de 1928
VII	—	25 de julio-21 de agosto de 1935

Así, la estadística que concierne a la participación de los delegados del VI Congreso (1928) y a los Congresos precedentes da una idea de la erosión que en el espacio de diez años la IC sufrió en la persona de sus cuadros.

Entre los 515 delegados al VI Congreso:

278 participan por primera vez en un Congreso (65%),

10	estuvieron en el	I	Congreso,
37	—	II	—
71	—	III	—
82	—	IV	—
110	—	V	—

2° *El Comité Ejecutivo*. — «Dirige la IC en el intervalo de los Congresos». Se apoya en las secciones de trabajo (información, agitación y propaganda —*Agitprop*—, organización, asuntos de Oriente), envía sus delegados cerca de las secciones nacionales, toma, en el curso de sus reuniones mensuales, toda suerte de decisiones, especialmente en materia de exclusión y de admisión. En su seno, elige:

a) Un *Presidium*, organismo permanente que dirige el trabajo del CE en el intervalo de sus sesiones.

b) Una *Comisión de organización*.

c) Un *Secretariado*, órgano administrativo del C E, del Presidium y de la Comisión de organización. En diciembre de 1926, la Comisión de organización y el Secretariado fueron sustituidos por un *Secretariado Político*.

3° *El Pleno ampliado del Comité Ejecutivo*. — Se trata de verdaderos pequeños Congresos que reúnen a los miembros del Comité Ejecutivo y a los representantes de las secciones nacionales, pero que, en principio, no pueden renovar a los órganos dirigentes de la Internacional.

-
- 1.° Pleno: 24 de febrero-4 de marzo de 1922.
 - 2.° — 7-11 de junio de 1922.
 - 3.° — junio «de 1923.
 - 4.° — julio de 1924.
 - 5.° — 25 de marzo-6 de abril de 1925.
 - 6.° — febrero-marzo de 1926.
 - 7.° — 22 de novbre-16 de dicbre de 1926
 - 8.° — mayo de 1927.
 - 9.° — 9-25 de febrero de 1928.
 - 10.° — julio de 1929.
 - 11.° — abril de 1931.
 - 12.° — septiembre de 1932.
 - 13.° — diciembre de 1933.
-

4° *La Comisión internacional de control.* — Creada en el V Congreso, asume los asuntos disciplinarios y financieros.

5° El OMS, *u organización de relaciones internacionales*, tiene por misión establecer la red de comunicaciones, legal o ilegal, entre el Centro y las secciones nacionales.

Tal es la estructura inmutable del aparato central de la IC: de hecho, el poder de decisión de los Congresos y del CE de la IC sobre el cual, desde el principio y muy naturalmente los bolcheviques influían decisivamente, se debilitó a medida que iban esfumándose las perspectivas de una revolución mundial. Esta evolución se acentuó en el período estaliniano, durante el cual el Komintern ya no es esencialmente más que un órgano de ejecución de las medidas tomadas por el Buró político del Partido ruso y su secretario general.

Asimismo, cambia de contenido la disciplina que informa las relaciones jerárquicas en el seno de este aparato, aunque la definición del «centralismo democrático» sigue siendo intangible:

La IC y los PC se basan en el centralismo democrático, cuyos principios fundamentales son:

a) *La elección de todos los órganos, de abajo arriba, por las asambleas generales, las conferencias o los congresos.*

b) *La obligación, para estos órganos, de dar cuenta periódicamente de su actividad a sus electores.*

c) *La obligación, para los órganos subalternos, de cumplir con prontitud y exactitud las disposiciones tomadas por los órganos superiores.*

Los miembros del Partido y las organizaciones gozan de plena libertad en las discusiones, hasta que los órganos

competentes del Partido tomen una decisión. Una vez tomada una decisión por el congreso de la IC, por un Congreso nacional o por los órganos dirigentes del Partido, debe ser llevada a cabo, incluso si una parte de los miembros o de las organizaciones locales no la aprueban.

Pero, además de que la experiencia bolchevique constituía un «modelo» obligatorio del que era aleatorio zafarse, la garantía que debía aportar la elección de abajo arriba de los órganos de la IC se hizo cada vez más ilusoria: la investidura capital era concedida por Stalin y su entorno.

2. Las secciones nacionales y la IC

Lo mismo cabe decir a nivel de las secciones nacionales. La IC, desde el principio, recusaba al derecho de autonomía a las mencionadas secciones. Para estrechar más aún sus lazos con el centro moscovita, estableció un doble sistema de «delegados de la Internacional» cerca de los CC nacionales y de «representantes permanentes» de los CC nacionales cerca del CE de Moscú.

3. La organización de base: la célula de empresa

Para diferenciarse de la Internacional Socialista, a pesar, en la época, de su idéntico análisis global de las relaciones de fuerzas en el mundo, la IC en su V Congreso mundial (1924) tomaba una «resolución sobre la reorganización del Partido sobre la base de células de empresa» cuya primera justificación era la siguiente:

La socialdemocracia, que se ocupa únicamente del reformismo en el marco de la democracia burguesa, sobre todo de actividad electoral y parlamentaria, es, en consecuencia,

organizada por distritos electorales; tiene como base la sección local y como principio de organización el lugar de residencia. El PC que lleva los obreros a la lucha revolucionaria para abatir al capitalismo y conquistar el poder, crea otras formas de organización, ya que su principal punto de apoyo está en las fábricas. El PC debe tener su base entre los trabajadores, en la fábrica y en el lugar de trabajo.

En ello había en germen la tesis según la cual sólo el PC se caracterizaba como el «partido de la clase obrera», dado que el partido socialista no era más que un partido cuya ideología y composición social procedían de la esfera de la pequeña burguesía.

Se produjo, pues, una profunda reorganización destinada a reagrupar a los comunistas en *células*: el reparto en *secciones*, los métodos de percepción de las cotizaciones, la composición de las direcciones, las campañas de reclutamiento fueron en lo sucesivo concebidas en función de este tipo de implantación.

Estas medidas contribuyeron eficazmente a mantener el carácter proletario del reclutamiento de los efectivos y de los cuadros comunistas. En cambio, engendraron tres suertes de dificultades que fueron siempre mal resueltas. En primer lugar, las dificultades técnicas de la organización de trabajadores en las empresas de infraestructura inestable (obras de la construcción). En segundo, la dificultad, de orden casi doctrinal, relativa a la definición de las relaciones, en el seno de la empresa, entre la célula del partido y la sección sindical: el economismo es un peligro permanente. En tercer lugar, la dificultad, de orden ideológico, de la organización de masas oprimidas no proletarias en los países de débil estructura industrial.

4. Las jerarquías paralelas

La IC es el estado mayor general del ejército proletario. Es el cerebro del mundo comunista: controla, pues, como cada PC a escala nacional, organizaciones de masa cuyo objeto es el de responder a las diversas necesidades de una comunidad humana compleja o de dirigirse en términos específicos a ciertas categorías cuyos miembros pertenecen al proletariado (o se estiman su aliado), pero poseen además una especie de relación común.

Entre estas organizaciones de masa, cabe distinguir:

1° Filiales directas de la IC, constituidas por categorías bien definidas de trabajadores:

— Para los jóvenes trabajadores, la *Internacional Juvenil Comunista* creada inmediatamente después de la IC (otoño de 1919).

— Para las mujeres, el *Secretariado Femenino Internacional*, dirigido por C. Zetkin, que organizó en 1920 la primera Conferencia Internacional de Mujeres: 20 delegadas representaron en Moscú a 16 países.

— Para las víctimas de la represión política, el *Socorro Rojo Internacional* creado en 1922.

2° *Organizaciones cuyo carácter de clase constituía un campo favorable de lucha por la conquista de masas obreras al bolchevismo*: sobre todo las organizaciones sindicales y profesionales.

3° *Organizaciones susceptibles de ensanchar el campo de influencia del comunismo* mediante apoyos o alianzas en las capas no proletarias de la población: en los intelectuales; en los campesinos pobres —este fue el objeto del efímero *Kres-*

tintern, que apuntaba, en los países europeos eminentemente agrarios, a promover el bloque de obreros y campesinos revolucionarios bajo la dirección de la IC; en los pueblos coloniales, lo que hizo necesaria la creación de una gama muy diferenciada de agrupaciones antiimperialistas.

Todo comunista viene obligado a militar al menos en una de estas organizaciones, cuyas secciones nacionales son por otra parte más o menos prósperas según las costumbres del país considerado y las tradiciones de su movimiento obrero.

Las relaciones de la IC con estas jerarquías paralelas no son rígidas y estables sino diferenciadas y variables según la naturaleza política y social de éstas, conforme a la coyuntura tanto en el interior del mundo comunista como en el exterior: en los períodos de ofensiva revolucionaria, la IC tiende a descuidar sus relaciones de alianza; en los períodos de reflujo, trata de consolidarlas apoyándose en aquellos a los que llama «sin partido» o también «compañeros de viaje».

Todas las organizaciones de masa son «independientes» en el sentido de que sus aparatos son distintos del aparato del Partido. Pero esta independencia de organización no puede, en ningún grado, mudarse en independencia política, sobre todo en lo relacionado con la IJC:

La Internacional Juvenil no debe ser más que la intermediaria entre la voluntad política de la Internacional Comunista y las masas de la juventud obrera del mundo.

Igualmente en lo tocante al *Profintern* —la Internacional Sindical Roja—, cuyo proyecto fue establecido en julio de 1920, y su II Congreso se celebró del 3 al 19 de julio de 1921:

La ISR debe gozar de cierta independencia [...] Pero esto no quiere decir que tendremos dos Internacionales paralelas

[...] Cierta autonomía y elasticidad bien comprensible en la organización deben no obstante tender incondicionalmente a que la dirección política la asuma la IC.

En cambio:

Los miembros comunistas de una organización sindical y de sus organismos (comité y comisión ejecutiva, conferencia, congreso) vienen obligados a constituir una *fracción* y a realizar un trabajo activo de fracción...

Y en particular:

Los candidatos para todos los congresos, conferencias, etcétera, deben ser propuestos por la fracción y aprobados por el organismo dirigente del Partido.

A decir verdad, las relaciones entre Partido y organizaciones de masa son más complicadas que las de dirigentes a dirigidos. Así, si un comunista sólo puede decidir con el acuerdo de su célula el inscribirse en una organización que no reconoce expresamente la autoridad del Partido, y con mayor razón en una organización llamada reaccionaria, en la realidad, lo más a menudo, su participación en una actividad social no comunista es anterior a su adhesión al comunismo: el Partido no está, pues, llamado más que a sancionar un estado de hecho. Pero con esto afirma su derecho de fiscalizar todos los aspectos de la vida privada y pública del comunista: dondequiera que se encuentre y lo que haga, está en una permanente relación de dependencia respecto de su partido. Esta cualidad de compromiso, es «el espíritu de partido», expresión cultural de la pertenencia a una comunidad por la cual el militante se define totalmente.

5. Los hombres

Mientras que en la primera mitad del siglo XIX, el dinamismo del movimiento carlista aseguraba el predominio inglés en el movimiento obrero internacional, y que, de 1848 a 1870, las jornadas de junio de 1848 y la Comuna justificaban el predominio francés, y que la II Internacional reconocía el predominio alemán, la III Internacional, por su parte, resulta más marcada aún por los caracteres originales del bolchevismo ruso.

El mundo comunista es, pues, una totalidad autónoma con componentes complejos: producto derivado de la II Internacional Socialista, llamado a tener cuenta en las conmociones económicas y sociales introducidas por la evolución general de la sociedad industrial después de 1918, es además portador de riquezas específicas de la civilización eslava que se perpetúa a través de él. Es probablemente la fusión de estos tres elementos: la herencia social y espiritual del movimiento obrero del siglo XIX, el universo de la técnica y la ciencia del XX, el peso histórico de la civilización eslava, lo que da al comunismo su excepcional poder de fascinación.

Por lo demás, este mundo comunista no es abstracto: su fisonomía, entre otras, es la de sus jefes; 275 nombres figuran en las listas hechas públicas de los miembros titulares o suplentes de los órganos dirigentes de la Internacional (Presidium, CE, Secretariado), elegidos en el curso de los siete Congresos.

Fisonomía, por otra parte, cambiante: de estos 275 nombres ninguno figura entre los elegidos en los siete ni aun los seis Congresos. Sólo tres (Bujarin, Kuusinen, Zinoviev), o sea, 1 % fueron elegidos por cinco Congresos; 6 (2 %) por

cuatro; 16 (6 %) por tres; 48 (17 %) por dos; 201 (73 %) por un solo Congreso. Dicho de otro modo, cerca de las tres cuartas partes de los dirigentes comunistas a escala internacional sólo desempeñaron sus elevadas funciones en el intervalo de dos Congresos.

Esta extrema movilidad de los cuadros dirigentes, cabe explicarla en primer lugar por la rápida usura que en período de ofensiva sufre el personal revolucionario, tanto en razón del adversario como de la multiplicidad agotadora de las actividades militantes; en segundo lugar, por la incapacidad de soportar, en período de repliegue, las caídas de tensión generadoras de desaliento. Pero también cabe explicarla por las interferencias complejas de los avatares del comunismo ruso y la política de la Internacional: las grandes purgas de los años treinta y cincuenta diezmaron el CC del PC ruso y sometieron a dura prueba a los partidos cuyos líderes estaban exiliados Moscú.

La fluctuación de los cuadros dirigentes de la IC haría más necesario aún un estudio del medio de los jefes comunistas, estudio que no se limitaría a establecer las indispensables biografías individuales, sino que procedería a un análisis global basado en el sexo, la edad, el origen social, profesional, nacional, etc.

Y ello como introducción a un estudio más general del militante comunista: en orden a discernir si la caracterización socioprofesional basta para identificar las zonas en que se ejerce la influencia del bolchevismo o, por el contrario, si factores múltiples, sociales sin duda, pero también políticos, ideológicos, psicológicos -circunstanciales o estructurales—, contribuyen a explicar la implantación muy diferenciada del comunismo entre las dos guerras.

Conclusión

Nacida inmediatamente después de la primera guerra mundial, la IC desaparece en el transcurso de la segunda. Así como la decisión de crearla fue tomada en Moscú por un pequeño grupo de exiliados reunidos en torno al calor de la Revolución de octubre, de igual modo fue tomada la decisión de disolverla. En cierto modo, la Internacional en su versión bolchevique no resistió mejor a la prueba de la guerra que no lo había hecho la Internacional en su versión de antes de 1914. Stalin hacía caso omiso de su juramento de 1924.

Al abandonarnos, el camarada Lenin nos ha legado la fidelidad a la Internacional Comunista. Te juramos, camarada Lenin, que daremos nuestra vida para consolidar y extender la Internacional Comunista.

En lo sucesivo, en tanto que Internacional, pero harto debilitada, desgarrada y privada de su jefe —Trotski fue asesinado el 20 de agosto de 1940—, sólo subsistía la IV Internacional. Por otra parte, la nueva posguerra no vio al movimiento obrero en sus tonalidades socialista, comunista, sindicalista o libertaria tratar de reconstituir la unidad internacional, excepto en formas menores y bastardas, de significación y móviles más técnicas que políticas. A la tendencia hacia la universalización de ciertas actividades humanas —y en especial de las actividades ligadas al conocimiento y la información— respondía un repliegue regional del movimiento obrero: ¿signo de declive, eclipse pasajero o nueva era? ■

www.omegalfa.es

Biblioteca Libre

Bibliografía

Aunque todavía no existe una historia de la AIT, las publicaciones y los trabajos sobre sus fuentes son innumerables:

RUBEL, M., «Bibliographie de la Première Internationale», *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, série S, 1964, n° 8, pp. 249-275.

ROUGERIE, J., «Sections et fédérations nationales de l'AIT. Bibliographie de travaux récents», *Le mouvement social*, abril-junio de 1965, n° 51, pp. 127-138.

COLLINS, H. y ABRAMSKY, C., *Karl Marx and the British Labour Movement. Years of the first International*, Londres, Macmillan, 1965.

MOLNAR, M., *Le déclin de la Première Internationale, la Conférence de Londres de 1871*, Ginebra, Droz, 1863.

MORGAN, R. P., *The German Social Democrats and the First International, 1864-1872*, Londres-Cambridge U. P., 1965.

Sobre la II Internacional, las fuentes son:

HAUPT, G., *L'Internationale Socialiste (1889-1914). Etude de sources. Essai bibliographique*. París, La Haya, Mouton y Cía. 1964.

Una obra clásica:

LONGUET, Jean, *Le mouvement socialiste international*, París, A.Quillet, 1913 (*Encyclopédie socialiste, syndicale et coopérative de l'Internationale ouvrière*).

Dos grandes obras:

COLÉ, G. D. H., *A history of Socialist thought*, 4 vol., Londres, Macmillan, 1956.

BRAUNTHAL, Julius, *Geschichte der Internationale*, 2 vol., Hannover, Dietz. (1961-1964).

Sobre la III Internacional, cf. la bibliografía monumental (7000 títulos):

HAMMOND, *Soviet foreign Relations and world communism*, Princeton U. P., 1965. Señalemos:

LAZITCH, Branko, *Lénine et la Troisième Internationale*, Neuchâtel, La Baconnière, 1950.

BORKENAU, Franz, *World communism, A history of the Communist International*, Ann. Arbor (Mich.), Michigan U. P., 1962.

ROSMER, Alfred, *Moscú sous Lénine, les origines du communisme*, París, P. Horay, 1953

PONOMAREV, B. N., *L'Internationale communiste (1919-1943)*. Gran Enciclopedia soviética, vol. 22, 2.^a ed., septiembre de 1953, París, Les Editions sociales, 1955. Sobre la IV Internacional, cf.:

DEUTSCHER, Isaac, *Trotsky* (t. I: *le Prophète armé*; t. II: *le Prophète désarmé*; t. III: *le Prophète hors-la-loi*), París, Julliard (col. «Temps modernes»).